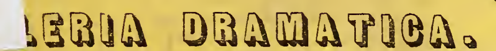
LERIA DRAMATICA.



COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA, *publicadas hasta 1.º de Mayo de 1853.*

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.—Alfonso Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—A mante prestado.—Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarías.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomberg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con su razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Casada, virgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Celos infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, primera parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desconfiado.—Desengaño en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dumont y compañía—Duque de Braganza—Duque de Alba.—Duquesita.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y ambicion—Escomulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—Fernan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvíos.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Fé, esperanza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garcilaso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo Colman.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

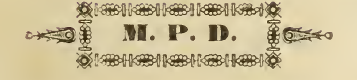
Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—Ho-

EL DIABLO ESTA EN TODAS PARTES.

Comedia en tres actos, en verso,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ALBA.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.º 19, bajo.

Octubre 1856.

PERSONAGES.

DOÑA LEONOR, *hija de*
DON DIEGO DE PERALADA.
BEATRIZ DE ALMEIDA, *su esposa, madrastra de doña Leonor.*
DON CÁRLOS I.º DE ESPAÑA.
DON JUAN PACHECO.
TROPEZON, *su criado.*
DON RODRIGO, *gentil hombre del Emperador.*
FERRANDO, *mayordomo de don Diego.*
BOBADILLA.
SANTILLANA. } *Cortesanos.*
PORTILLA.
MENDOZA, *capitan de la guardia.*
UN HOSTERERO.
UN ALCALDE DE CORTE.
UGIERES.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Jardin de la casa de don Diego. A la izquierda la fachada de la casa. Arboles esparcidos por la escena, y rosales. Un banco de piedra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR. FERRANDO.

(*Figuran venir por la derecha, adonde se supone hallarse la puerta.*)

Leonor. Déjame aquí en el jardin,
y lleva el manto, Ferrando, (*Dándoselo.*)
que gozar del fresco ansío
en este sitio encantado.

Ferrando. Podeis meditar, si os place,
en el sermon que en Santiago
ha predicado Fray Gil,
que es de erudicion un pasmo.
Habeis visto con qué maña,
con qué habilidad y tacto
del respeto en las doncellas
ha puesto ejemplos preclaros?
No habeis oido las reglas
que segun los libros santos
conducen á la oracion,
y en la oracion al recato?
Oh! Bien se puede decir
que de esta tarde el rosario
ha valido á la moral
mas que ayunos y recargos.

Leonor. Doña Beatriz ordena
que yo aproveche ese rato
en la oracion; y gustosa
obedezco sus mandatos.

Ferrando. Ya lo creo! La señora,
que es de nobleza dechado,
no puede privaros nunca
que asistais á los cristianos
deberes de nuestra fé.
Y entre tanto que ocupado
en las guerras vuestro padre
dá pruebas de buen soldado,
es justo deis á la casa
de Peralada el preclaro
timbre que de honor la dieron
vuestros abuelos bizarros.

Leonor. Ya lo sé: por eso mismo
ante el peligro me paro
siempre, y procuro discreta
no dar á la injuria mano.
Pero hablando de otra cosa:
esta tarde en el rosario
no has visto al jóven que sigue
hace tiempo nuestros pasos,
sin que sepamos su intento
en lance tan porfiado?

Ferrando. Sí señora; y mas me admira
cuanto mas en él reparo.
Es jóven de los de chapa,
y en su gentil desenfado
parece que desafia
á todo el género humano.

Leonor. Sabes quién es?

Ferrando No señora:
que aunque procura el menguado
acercarse á mi persona
cuando en la calle le hallo,
ó me paso á la otra acera
cual si me siguiera el diablo,
ó dejándole por loco
doy en apretar el paso.

Leonor. Es buen mozo!!

Ferrando. Dios eterno!
En eso habeis reparado?
Leonor. Si él lo es, y yo tengo ojos,
de qué te admiras, Ferrando?
Ferrando. Ay, señora! porque temo
que el galan almivarado
va á destrozar en un punto
la moral que en el rosario
con la elocuencia de un ángel
Fray Gil nos ha predicado.
Leonor. Tú destrozas la moral
con pensamientos villanos;
que yo soy quien soy, y llevo
mi opinion en mi recato
pecando de exagerada!
Ferrando. Perdonad si descuidado
pude ofenderos; mas son
tan libres hoy estos güapos
que la borgoñona visten,
y son sus deslices tantos,
que no he temido por vos:
solo me causó cuidado
oiros lo de «buen mozo,»
dicho... así... con entusiasmo.
Leonor. Yo te perdono: mas vé,
y haz que guarden ese manto
hasta mañana; que quiero,
si dá en perseguir mis pasos,
quitarle las esperanzas
rezando en casa el rosario.
Ferrando. Voy, señora. Quiera el cielo
de ese mancebo libraros!
(*Ap. al marcharse.*)
No temo yo á ese mancebo:
al otro estoy esperando,
que me prometió esta noche
venir. El premio fué largo,
y abierta dejo la puerta
al descuido y con cuidado,
que á medallas relucientes
no ha sido ciego Ferrando.
(*Entra en la casa.*)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.

Ferrando tiene razon;
y cuanto mas lo medito
paréceme que es delito
dar pábulo á mi pasion.
Mozo gallardo y gentil
es el don Juan, á fé mia,
y vence en su bizarría
á las flores del pensil.
Mis colores dió en gastar
á fuer de buen caballero,
y con cariño altanero
mis desdenes apurar.
Todo su anhelo es, en fin,
por hablarme de su amor,
pidiéndome por favor
una cita en el jardin.
A dársela me negué,
y obré como obrar debia,
que de la deshonra mia
la mancha no sufriré.
Darle á solas una cita,
por mas honesta que fuera,
sobre mi frente vertiera
la declaracion maldita
del deshonor; y mirada
del mundo con doble encono,
empañára en mi abandono
los timbres de Peralada.
Pero aumenta mi pasion
verle, bizarro y amante,
esperar á cada instante
de seguirme la ocasion.
La aumenta su gentileza;
la sostiene su figura,
y su valor la asegura
en mi pecho y mi cabeza.
Dejemos, pues, los empeños
de hablarle, á mejores horas;

que así serán seductoras
mis imágenes en sueños;
y en mi atento paladin,
á guardar mi honor resuelta,
pensaremos, dando vuelta
por los cuadros del jardin.
(*Desaparece entre los árboles.*)

ESCENA III.

DON JUAN. TROPEZON. (*Por la derecha.*)

Juan. Cerraste?
Tropezon. Yo no lo sé.
Juan. No lo sabes?
Tropezon. No á fé mia!
Juan. Era miedo lo que habia?
Tropezon. Miedo habia, y no cerré.
Juan. Casi habrás obrado bien
dejando abierta la puerta,
pues si hay alguna reyerta
saldremos por ella.
Tropezon. Amen.
Juan. Y no has visto, Tropezon,
si alguno nos ha seguido?
Tropezon. Yo no he visto ni sentido,
y eso que puse atencion.
Aunque no sería nuevo
que pasáran á mi lado
y no los viera.
Juan. Menguado!
Tropezon. Pues con la mengua me atrevo.
Juan. Que un criado de don Juan,
el mozo de las beldades,
diga tales necedades
me admira!
Tropezon. Grandes seran
los motivos que al amor
te llevan en emboscadas;
pero con dar cuchilladas
no se acredita el valor.
El valor, á mi entender,

se muestra de dos maneras:
una... riñendo de veras;
y la otra... echando á correr.

Juan. Tropezon, viles intentos
son los que el miedo te dá.

Tropezon. Cómo ha de ser! Eso va
conforme á los pensamientos.
Antes de servirte á tí
tuve un amo portugués,
fanfarron, de siete piés,
mas quebrado que un neblí,
y decia: «Tropezon,
las vidas no son eternas:
ten confianza en tus piernas,
guárdalas con aficion.»
Y atento á su buen consejo,
no me meto en riña alguna;
que así tendré la fortuna
de poder llegar á viejo.

Juan. Cobarde!

Tropezon. Cómo ha de ser!

Juan. Hay nada mas alarmante
como tirar del montante
defendiendo á una mujer?
Has comprendido tú acaso
lo que es mandoble, y tercera,
y hacer un chirlo al que quiera
necio estorbarnos el paso?
Cuando mi espada á la luz
miro brillar de un farol,
creo que no hay español
que me la toque en la cruz.
Galante con damas mil,
mil pendencias buscaré,
que en todas ellas tendré
el apodo de gentil.
La suerte mis pasos vió
y favorecerlos quiso;
de la suerte sobre aviso
persigo á la suerte yo.
Y donde quiera que sea,
y hálle para el lance punto,

dare á mi espada el asunto
y á mi brazo la pelea.

Tropezon. Bueno! Estamos convenidos!
Vamos á otra cosa.

Juan. Di.

Tropezon. A qué hemos venido aquí?

Juan. Tras la luz de mis sentidos.

Tropezon. Pues no debe de alumbrar,
que á oscuras me deja ahora.

Juan. Como amanezca mi aurora
ciego te habrás de quedar.

Tropezon. Es aquella remilgada
que hemos seguido al rosario?

Juan. Si la insultas temerario,
te atravieso con mi espada.
Trátala con mas respeto
y no te ensañes con ella.

Tropezon. Pues Dios guarde á la doncella!
no hablar mal de ella prometo!
Y cómo te has agenciado
la llave que nos dió entrada?

Juan. Eso ha sido una jugada
de notable desenfado.
Sabes quién es una dama
de alto porte y gran talante?...

Tropezon. La portuguesa? Adelante!

Juan. Doña Beatriz se llama.
Está prendada de mí;
yo no estoy prendado de ella,
porque adoro á la doncella
que ciego me trae aquí.
Por medios que ignoro dió
á una vieja llave y seña,
y en que he de verla se empeña
cual si la quisiera yo.
Descubro la hilaza, y sé
que la dama de ese amor
madrastra es de Leonor:
de su amor me aproveché.
Verme quiere en el jardin,
y dióme para ello llave.

Tropezon. Y si por ventura sabe

que aqui te trae otro fin?
Juan. No lo temas: una tos
es la seña que he de hacer;
mas... mudo me he de volver
si ella nos siente á los dos.
Tropezon. No seas tan confiado,
que si no toses de amor,
podemos toser, señor,
al coger un resfriado.
A tu hermosa Leonor
avisaste que venias?
Juan. Avisarla? no en mis dias,
que no soy avisador.
La entrada hallé sabes cómo:
vengo; si la encuentro, bien:
si no la encuentro, tambien.
Que doy con el mayordomo,
con criados, ó tapadas...
nada me importa... ácometo,
y con bueno ó mal respeto
salgo de aquí á cuchilladas.
Que gritan: dejo gritar!
Que acude la ronda... Guapo!
mato al alcalde y escapo!
Qué mas puedes desear?
Tropezon. Nada! pero yo en el lance,
si vienen ronda ó corchetes,
pongo en salvo mis juanetes
para evitar un percance.
(*Imitando á su amo.*)
Topo con el mayordomo?
Las buenas noches le doy,
y si me deja, me voy
sin saber dónde ni cómo.
Que gritan? Cómo ha de ser!
Que dicen que soy cobarde?
Yo digo, «se me hace tarde,»
y no paro de correr.
Y ambos á dos cuenta dando
de lo que esté sucediendo,
mientras yo vaya corriendo,
vas tú al alcalde matando.

Juan. Calla, que si no oigo mal
tras aquel jazmin florido
leves pasos he sentido.
Tropezon. Será tu amante?
Juan. Sí tal:
ven acá, que sorprenderla
quiero como amante fiel.
Tropezon. Si has de hacer bien tu papel,
llámala sol, cielo, perla,
encanto de serafines,
estrella de la mañana,
caracol color de grana
que sale de los jazmines:
y dila: «Mi amor! mi fé...
mi gloria!» aunque no lo sea,
que si á eso añade el ser fea
y vieja como Noé,
tendrás para tu reposo
el consuelo de decir...
«Un amante ha de mentir,
y yo peco en mentiroso.»
Juan. Vente á este lado, que es ella.
Tropezon. Vóime á ese lado.
Juan. Aquí está.

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA LEONOR.

Leonor. Cuando solitaria va
por el espacio una estrella,
y cruzando en la region
tachonada de luceros
no acierta con los senderos
que guían á su mansion,
debe gemir y llorar;
pues la soledad la espanta,
que no dirige su planta
donde algo pueda esperar.
La flor, reina del Abril,
sola en la rama se mece,
y en su soledad parece

que se queja del pensil;
y la tórtola afligida
llora su dolor profundo
si sola se ve en el mundo,
ó va por el plomo herida.

Juan. (*Acercándose.*)
Mas cuando esa soledad
la interrumpe el corazon
con su cándida pasion,
se trueca en felicidad.

Leonor. Ahí estábais?

Juan. Sí, por Dios;
que veros galana y bella
mis sentidos atropella
y ansiaba estar junto á vos.
Cuando esta tarde os seguí
escoltada de Ferrando,
no pude deciros cuándo
vendría á hablaros aquí.
La casualidad ha hecho
que en el jardin me encontrára,
y en él os manifestára
cuánto por vos siente el pecho.
Perdonad á mi pasion
tal arranque, si os ofende,
que el que adora, no pretende
liviandad en la ocasion.
Y porque feliz me crea
haced que de vuestro labio,
lo que yo presuma agravio
ventura para mí sea.

Leonor. Señor don Juan, vuestro modo
de pedir mi enojo calma,
que al que me ha robado el alma
debo perdonarlo todo.
Sabeis, y no de una vez,
que mis ojos os dijeron
lo mucho que delinquieron
poniendo al amor por juez.
Y como en vos advertí
las prendas de un caballero,
honrada me considero

al encontraros aquí.
Leve sombra de deshonra
os juro que me matára,
y antes yo muerta quedára
que faltar necia á mi honra.
Por lo tanto, sin temor
os hablo, como á un hermano.
Cuando consigais mi mano
será diverso mi amor.
No porque le sienta hoy
menos intenso á fé mia;
pero la honra es mi alegría,
y obraré como quien soy.

Juan. Leonor del alma mia,
¡ay! cuando tu voz he oido
mi corazon he sentido
latir con loca alegría.
Yo pensaba que en el mundo
debí seguir el amor
como un juego encantador
y engañador sin segundo.
Burléme de él con locura,
por él olvidé mi ser,
y engolfado en su placer
me burlé de la hermosura.
Creí que eran las mujeres
sirenas que fingen males,
y el daño de los mortales
eran todos sus placeres.
Corrí á ellas presuroso,
aunque guardando mi alma,
contemplándolas con calma
desconfiado y celoso.
A cientos las engañé
y me burlé de su amor;
vi tu rostro encantador,
y el propósito olvidé.
Supe lo que era pasion;
sé lo que vale un deseo,
porque cada vez que os veo
se me salta el corazon.
Creí entonces en la fé,

crei en la dicha del mundo,
y hallé un amor sin segundo
cuando estasiado os miré.
Decid si el que os ama así
puede faltaros!

Leonor. Oh! no!!
Bien segura estaba yo
de vuestro amor hácia mí.
Pero es fuerza que dejemos
nuestro coloquio.

Juan. Es temprano!

Leonor. Dad al deseo de mano,
que ocasiones mil tendremos.
Mi madrastra ha dado ahora
en la flor de vigilarme,
y no sé cómo librarme
de su vista inquisidora.
Parece ¡ viven los cielos!
que me vigila insensata,
porque algun amor la mata,
y hasta de mí tiene celos.
Incómoda en su decir
me reprende con dureza,
y yo bajo la cabeza
sin quererla disuadir.
Esto, que creo es mejor,
la enfurece doblemente,
y soy víctima inocente
de su genio y mal humor.
Idos pues; porque es la esposa
de mi padre, aunque me ofende,
y darle gusto pretende
esta mujer cariñosa.
No me negueis esta gracia
y partid pronto.

ESCENA. V.

DICHOS. TROPEZON.

Tropezon. Señor!!

Leonor. Ay!! (*Asustada.*)

Juan. Qué es eso?
Tropezon. Al resplandor
de un farol... ¡ay, qué desgracia!
he visto dos embozados
en el jardin penetrar,
y la vamos á lograr,
que entrambos vienen armados.
Leonor. Pues por dónde penetraron?
Tropezon. Claro está que por la puerta.
Como la vieron abierta,
la licencia no esperaron.
Leonor. Idos, don Juan de mi vida,
y honrada dejadme á mí.
Juan. Yo no he de salir de aquí
hasta ver de su venida
el objeto. Sola estais,
pero esconderme es razon:
si dañan vuestra opinion
con una voz me llamais.
Si son ladrones, prometo
que antes de llegar á nada
cierro de una puñalada
con ellos y su secreto.
(*Doña Leonor va á retirarse.*)
No huyais: recibidlos vos.
(Así sabré á qué han venido.)
Ved que allí estaré escondido
y somos dos contra dos.
Leonor. Ellos son!
Juan. Ven, Tropezon!
Tropezon. Santa Bárbara me asista!
Juan. Ten, mozo, la espada lista.
Tropezon. Se nos aguó la funcion.
(*Se esconden los dos.*)

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR. DON CÁRLOS. DON RODRIGO.

Cárlos. Pues la fortuna nos guía,
entrad, Rodrigo, conmigo,
que esta es la casa en que mora

la bella por quien suspiro.
Y he de apurar ¡vive Dios!
por qué siendo anochecido
del jardin de Peralada
abierto estaba el postigo.

Rodrigo. Y sabeis á dó conduce
nuestro nocturno camino?

Cárlos. Sí lo sé; que hay en la casa
un codicioso vestiglo
en forma de mayordomo,
que al contacto de un bolsillo
itinerario completo
de sus aposentos hizo.
Acaso tambien debamos
á su cuidado esquisito
la entrada en este jardin,
porque mil veces me ha dicho
que Leonor á estas horas
buscando en este retiro
prendas de la soledad
que dén á su mal alivio,
pasa los ratos, y el rato
que aproveche ha discurrido.

Leonor. (*Ap.*) Estraña casualidad!
Lo que en la sombra distingo
es apuesto caballero!
Si acaso me habrá vendido
algun criado? Esperemos,
pues solo en don Juan confio.

Rodrigo. Si no veo mal, señor,
en aquel banco apercibo
una mujer.

Cárlos. Tal vez ella
tenga de mi entrada aviso,
y la ambicion ó el orgullo
me faciliten camino.
Quedaos algo apartado.
(*Acercándose.*)
Bello iman de mis sentidos...

Leonor. Ay!! (*Sorprendida.*)

Cárlos. Os causo, prenda hermosa,
pavor?

Leonor. Cómo de improviso,
quebrando, señor, las leyes
de todo hombre bien nacido,
osais escalar las tapias
de mi apartado retiro?
Quién os introdujo?
Cárlos. Nadie!
Abierto estaba el postigo,
y amor á puertas abiertas
siempre pecó de atrevido.
Leonor. Abierto decís?
Cárlos. Pudiera
de otro modo el amor mio
quebrantar cual vos dijísteis
la paz de aqueste retiro?
No, Leonor: ocasiones
busca el amante rendido,
y pues la encuentro, qué mucho
que me valga de su arbitrio?
Si yo os dijese mi nombre...
Leonor. Señor, os he conocido,
y el respeto me contiene
para imponeros castigo.
Importa aquí vuestro nombre
para entraros sin permiso
de nadie, viniendo solo
cual pudiera un libertino?
Cuanto mayor sea el rango
de que os halleis investido,
cuanta mayor la nobleza
sea que ostenteis altivo,
mas grande será ante el mundo
del deshonor el delito.
Salid.
Cárlos. Calmad el enojo!
Juro respetar el sitio
en que me hallo, y si acaso
no dais á mi voz oidos,
cuando os plazca despedirme
obedeceré sumiso.
Breve seré: de una dama
la crueldad no es arbitrio,

y emplearla en este caso
imprudente lo imagino.

Leonor. Pues hablad; pero sed breve:
quiero que juzguéis vos mismo
si es prudente ó no es prudente
soltar la rienda al capricho.
Qué me quereis?

Cárlos. Convenceros!

Leonor. De qué?

Cárlos. De que os amo fino.

Leonor. Ese amor que en mí poneis
es un crímen inaudito.

Cárlos. Injusta sois: muchos dias
rémora de mis sentidos
fuísteis, Leonor hermosa,
y nunca pude advertido
ni con señas alarmaros,
ni con mi voz preveniros.
Por qué, pues, ingrata, ahora
que amor allanó el camino,
os quejais de que aproveche
llegar á vuestro retiro?
Soy poderoso: á mis plantas
se arrastran enmudecidos
millones de hombres: amadme,
y por mi fé os certifico
que en donde el sol no se pone
mandará vuestro capricho.

Leonor. Cuán ciego estais! Por ventura
no vale el honor que abrigo
mas que el sol que no se pone
en todos vuestros dominios?
Ese poder y riquezas
que me ofreceis, yo no ansío,
porque he de perder al verlas
y al gozarlas mi honor limpio.
Corona con cuyo tacto
no se honra el mas atrevido,
no es corona que engrandece,
sino prenda de delito.
Yo en mi frente no pudiera
ponerla con heroismo,

porque al daros mi valía,
que en mas que al mundo la estimo,
cien coronas no bastáran
para borrar su ludibrio.
Y basta ya: retiraos,
que á no haberos conocido
saliérais de aquesta casa
de un modo muy poco digno.
Sois, señor, mi soberano,
y aunque sé vuestros designios
solo llorar indignada
agora me es permitido,
y con el dedo mostraros
aquel abierto postigo,
por el que vais á salir
como ordena el honor mio,
mientras yo ardiendo en enojos
sufro... callo... y me retiro.
(*Vase por la puerta de la casa cerrándola.*)

ESCENA VII.

DON CÁRLOS. DON RODRIGO. *A poco* DON JUAN.

Cárlos. A seguirla me arrojo, que es constante
que dama que desprecia de este modo
un amante real, es el amante
quien jugar debe el todo por el todo.
Quedaos, don Rodrigo! Si no llego
á do su estancia está, volveré luego.

Juan. (*Saliéndole al paso, embozado.*)
No creía, por Dios, que un caballero
que calza espuela y que la espada ciñe
fuera con una hermosa tan artero
cuando esta le desprecia.

Cárlos. Y quién osado
el paso me detiene enfurecido?

Juan. Enfurecido yo? Se os ha olvidado
lo que es furor ó enojo; y ese olvido
á subsanarle vengo.

Cárlos. De qué modo?

Juan. Jugando, sin entrar en mas razones,

el todo por el todo.

Cárlos. Quién sois no me direis?

Juan. Claro no hablo?
O no oísteis mi nombre? Soy el diablo!

Cárlos. Con burlas me venís? Voto á Castilla,
que si seguís así llamo á mi gente,
y ese diablo que peca de insolente
irá tras mí cual perro con trahilla.

Juan. Fuera necias razones!
Despejad el jardin, ó prontamente
yo tambien llamaré toda mi gente;
que pues que diablo soy, tengo legiones.

Cárlos. Don Rodrigo, cerrad con el mancebo,
que está pesado ya!

Juan. No le encamines
á que cruce su espada con la mia.
La tuya busco yo.

Cárlos. Con malandrines
no he reñido jamás.

Juan. La suerte impía
de aquese gentil hombre no provoques,
que una imprudencia tuya le bastára
para morir!

Cárlos. Cerrad con su insolencia!!

Juan. Sea, pues, que ya pierdo la paciencia.

(*Riñe con don Rodrigo, á quien dá una estocada.*)

Rodrigo. Ay de mí!! (*Cayendo.*)

Juan. Dile á tu amo
que si cobarde pelea
con la espada de un criado
y riñe con mano agena,
que te devuelva la vida
que te quitó su imprudencia.

Cárlos. Insulto de tal valía
merece que aquesa lengua
corte mi acero, que es rayo
desprendido de la esfera.
Riñe, pues!

Juan. Riño, que es justo
escarmentar tu insolencia,
para que otra vez respetes
el honor de las doncellas.

Cárlos. Tú me has oido?

Juan. (*Riñendo.*) Si el diablo
conversaciones no oyera,
diablo de ser dejaría
de los piés á la cabeza.

Cárlos. Eres valiente!

Juan. Los diablos
pelean de esta manera.

Cárlos. Pero no son invencibles!

Juan. Y cuando menos se piensa,
(*Desarmándole.*)
desarman á sus contrarios
si con justicia pelean.

Cárlos. Ira de Dios!!

Juan. Caballero,
rendido quedais.

Cárlos. Oh mengua!!

Juan. Respetaré vuestra vida,
porque hacerlo me interesa,
que sino, á fé de demonio
que ambos hacíais pareja
camino del otro mundo
de la manera mas fea.
Sin embargo, os he vencido,
y me debeis obediencia.

Cárlos. Sabes quién soy?

Juan. Para qué
quereis que tal cosa sepa?
Para que diga en el mundo
que os desarmé? Bueno fuera
que noble de tal valía,
segun publica tu lengua,
amenguase su decoro
si se contase esta escena.
No por Dios; no necesito
ni tu nombre ni tu alteza.
Una condicion tan solo
te impondré. De esa cadena
que al cuello llevas pendiente
quiero posesion.

Cárlos. Es esa
toda tu ambicion? Ya caigo!

Pensé caballero era
el que conmigo reñía;
pero ajustada la cuenta
buscas alhajas! Acaso
vas tambien tras las monedas?

Juan. No insultes á quien te vence
en buena y honrada guerra,
que yo desprecio tu oro;
pero anhelo esa cadena.

Cárlos. (*Dándosela.*)
Tómala: pero repara
que si te quedas con ella,
donde luzcas sus esmaltes
tienes el cadalso cerca.

Juan. Bien por Dios! Guardo tu vida
porque el decoro no pierdas,
¡y el cadalso me preparas
en pago de esa fineza!!!
Vete pues; que como el diablo
sale bien de sus empresas,
no te daré por el gusto
de que los jueces me prendan.

Cárlos. Dime tu nombre!

Juan. Otra vez
en conocerlo te empeñas?
Varios tengo.

Cárlos. Uno tan solo!

Juan. Elige el que te convenga.
Satanás, Luzbel, el diablo,
Belcebú!... saca la cuenta;
mas nombres tengo que tú
con ser tanta tu nobleza.

Cárlos. Pues descubrirte no quieres,
óyeme, que te interesa.
Mi espada por tí vencida
fué solamente en la tierra:
veo que eres un valiente,
y mi alma, que no es pequeña,
te admira en lugar de odiarte.
Ahora escucha mi promesa.
Aunque oscuro sea tu nombre,
ven á buscarme, que anhela

mi arrogancia ahora abatida
vencerte en igual pelea.
Yo te concedo ese honor;
pero si así no lo hicieras,
mandaré si doy contigo
que te corten la cabeza.

Juan. Bien, señor: ya he recogido
del suelo la espada vuestra,
y en cambio os daré la mia
por si atacaros intentan
algunos salteadores.

Cárlos. Ese cambio me contenta.
Guarda mi espada, que solo
puede con honra tenerla
aquel que supo con brio
arrancarla de mi diestra.

ESCENA VIII.

DON JUAN. *Luego* TROPEZON.

Juan. Todo va como deseo!
Bien parado va su alteza!
Ciñámonos su mandoble,
colguémonos su cadena,
y salgamos de estos sitios,
que está segura mi bella.
Pero ahora que recuerdo...
Tropezon?

Tropezon. (*Saliendo detrás del banco.*)
Presente!!

Juan. Llega!
Dónde has estado metido?

Tropezon. Me perdí en esa arboleda,
oí el ruido de las armas,
se me aflojaron las piernas,
quise venir á ayudarte,
y lo hice de tal manera,
que tropecé... me tendí,
y he dormido á pierna suelta.

Juan. Sabes lo que me has pasado?

Tropezon. Que has tenido una pendencia.

Juan. Sabes que he muerto á un hidalgo?

Tropezon. Dios le dé la gloria eterna!
Juan. Sabes que á otro le he quitado
con la espada la cadena?
Tropezon. Dámela: la venderemos,
y si es de ley, suma es esa
conque triunfar podremos
en estas carnestolendas.
Juan. Necio! mi ascenso en la corte
he de agenciarme con ella;
que es prenda de gran valía
por lo que ella representa.
Alcalde. (*Dentro.*) Seguid por aquí, alguaciles!!
Tropezon. Ahora la hemos hecho buena!
La ronda está ahí.
Juan. Me alegro!
Tropezon. Que nos va á prender!
Juan. Que venga!
Tropezon. Que los corchetes nos quitan
la libertad!
Juan. (*Embozándose y poniéndose el collar.*)
Nada temas.
Tropezon. Vedlos aquí.

ESCENA IX.

DICHOS. EL ALCALDE. ALGUACILES.

Alcalde. De la casa
cercad ventanas y puertas;
que no puedan escaparse.
Favor al Rey! (*Viendo á don Juan.*)
Juan. Respetadle,
señor alcalde, á la fuerza!
Alcalde. A la fuerza? Quién lo manda?
Juan. Qué buscais?
Alcalde. Una pendencia
ha habido aquí, si no mienten
de mis corchetes las señas.
(*Mirando á don Rodrigo.*)
Un hombre yace tendido!
Daos á prision! Apriesa!
Venga la espada!
Juan. A espacito!

y no obre con ligereza,
señor alcalde, que puede
que de hacerlo se arrepienta.

Alcalde. Confiese cómo fué el lance!

Juan. Cómo?

Alcalde. Pronto!

Juan. Tenga flema!
Al revolver esa calle
dos hombres mi paso cierran:
doy con ellos y encontraron
de este jardin con la puerta.
Abierta estaba sin duda,
porque no hizo resistencia,
y defendiéndome de ambos
llegamos á esta plazuela.
Ese que yace tendido
tiróme á fondo: tropieza
con la punta de mi espada,
y se fué á la vida eterna.
Él otro tomó por piés
viendo el pleito ya en la estrema:
dais voces, venís, me hallais,
y aquí termina la fiesta.

Alcalde. Terminar? Equivocado
estais á fé; que ahora empieza.
Venid preso!

Juan. Muy dificil
se me hace esa providencia.

Alcalde. No os entregais?

Juan. Ni por pienso!

Alcalde. Alguaciles!!

Juan. Tenga flema,
que puede costarle cara
su decision.

Alcalde. No respeta
aquesta vara?

Juan. La vara,
cuando la justicia es recta,
sirve de mucho; mas eso
no es del caso en la materia.
Y acortemos de palabras!
Acercad esa linterna!

Ved mi espada lo primero! (*Enseñándosela.*)
(*Desembozándose.*)
Ahora, mirad mi cadena!!

Alcalde. (*Cayendo de rodillas. Los alguaciles hacen lo mismo.*)
Cielos! El Emperador!!!

Juan. La postura me contenta!
Callad cuanto aquí habeis visto!
dad sepultura modesta
á ese cadáver: mañana
os daré en palacio audiencia,
y veré si habeis cumplido
las órdenes de mi alteza.

Alcalde. Señor, perdon!

Juan. Perdonado!
(*A Tropezon yéndose.*)
Seguidme, conde de Herrera!

Tropezon. (*Pasando por medio.*)
Ya os sigo! = Señor Alcalde!
La postura me contenta.
No digais una palabra
de cuanto vísteis, y cuenta
que si mañana en palacio
no estais presente á la audiéncia,
vais con vara y alguaciles
á que os corten la cabeza. (*Sale.*)

ESCENA X.

EL ALCALDE. ALGUACILES. *A poco* DON CÁRLOS.

Alcalde. Santiago, Patron de España,
juro un apóstol de cera
mandarte, si en bien me sacas
de todas estas quimeras!
Quién habia de pensarse
tan estraña peripecia!
Muchachos, llevad ese hombre
á la mas cercana iglesia
y depositad su cuerpo
hasta mañana. Quién entra?

(*Viendo á acercarse á don Cárlos, que sale de entre los árboles.*)

Cárlos. Es así, señor alcalde,
como cumplís con las reglas
que el Emperador os dicta?
Vuestra justicia es aquesta?
Dejais escapar los reos
con tan cínica insolencia?
Os vi llegar y aceché
proceder de tanta mengua!

Alcalde. Y quién sois vos que altanero
venís con tal prepotencia
á imponerme obligaciones
que mi justicia desdeña?
Alguaciles, ese mozo
asegurad con presteza,
que es uno de los que há poco
trabaron aquí pendencia.
(*Los alguaciles le rodean.*)

Cárlos. Estais loco?

Alcalde. Estoy muy cuerdo!

Cárlos. Ved que os cortaré la lengua.
Respetad al soberano!

Alcalde. Me gusta la estratagema!

Cárlos. Pero oidme!

Alcalde. Qué descaro!

Cárlos. Contempladme!

Alcalde. Qué insolencia!

Cárlos. Necio!!

Alcalde. Tapadle la boca!
y á un encierro con presteza.
Pensais que á una autoridad
así se la burla? Aprendan
de mi tino los que á España
con poco acierto gobiernan.
Si todos con tanto acierto
los desaciertos aciertan,
desacertados quedáran
los que en desacertar medran;
pues de cierto en tal concierto
concertáran con certeza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de la casa de don Diego.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ. DOÑA LEONOR.

Beatriz. Albricias vengo á pedirte
por las nuevas que te traigo.
Hoy de tu padre querido
disfrutarás los abrazos.

Leonor. Cierto, señora?

Beatriz. Muy cierto.
No hace un hora que ha llegado
su page Fortun, y en breve
retornará sano y salvo.

Leonor. Gracias á Dios que le vemos
de vuelta sin menos cabo
de su salud; y ojalá
que nunca hubiera marchado.

Beatriz. Por qué lo dices?

Leonor. Lo digo...
porque siempre en sobresalto
nos ha tenido, y la guerra
no es puesto el mas señalado
para salir de sus lances
sin que se sufra algun daño.

Beatriz. Ya estarás contenta?

Leonor. Mucho!
Y si él no hubiese marchado
tal vez evitado hubiera

á su casa un desacato.

Beatriz. Lo dirás sin duda alguna
por el lance inesperado
que en el jardin la otra noche
acaeciera.

Leonor. Es bien llano.

Beatriz. Leonor, hoy esos sucesos
no tienen nada de estraños.
Por negligencia de pages
ó descuido involuntario
dejaron la puerta abierta;
riñeron dos embozados;
y por huir la justicia
se metieron donde hallaron
un asilo; mas la ronda
que les seguía los pasos
entró tras ellos; no es culpa
de nadie lo que ha pasado.

Leonor. Vos lo juzgais de ese modo,
y si así pasó, no es raro
el lance dicho.

Beatriz. Pudiera
de otro modo haber pasado?
Pero si no me equivoco (*Asomándose.*)
esa algazara... Un caballo...
Tu padre llegó...

Leonor. A su encuentro
corramos pues! Padre amado!!
(*Arrojándose en sus brazos.*)

ESCENA II.

DICHAS. DON DIEGO. FERRANDO. CRIADOS.

Diego. Hija mia! Esposa amada!

Beatriz. Cesó nuestro sobresalto,
pues libre de contratiempos
pisas tu solar preclaro.

Diego. Mas bella estás, hija mia,
que cuando al deber esclavo
partíme para Alemania.

Ferrando. Señor...

Diego. ¿Qué es eso, Ferrando?
Ferrando. Vuestros criados desean
rendiros de su acendrado
respeto las leves muestras
y...
Diego. Estimo bien su agasajo.
Gracias, amigos; de hoy mas
me teneis á vuestro lado;
y por mi feliz llegada
os va á repartir Ferrando
(*Dándole un bolsillo.*)
este bolsillo. Dejad
me reponga del cansancio
un instante, y en seguida
os prometo con agrado
vuestras felicitaciones
recibir.
Ferrando. Vamos, muchachos.

ESCENA III.

BEATRIZ. DOÑA LEONOR. DON DIEGO.

Beatriz. Tomad silla, esposo mio,
y descansad como es justo,
que pues de ello teneis gusto
os servirá mi albedrío.
Diego. Sí en verdad; venid aquí
una y otra á cada lado,
que me encuentro alborozado
al teneros junto á mí.
Por Ferrando, que advertido
estaba de mi deseo,
cada mes por mi correo
de vosotras he sabido.
Y al hallar en letras cien
vuestra salud afirmada,
cada carta era mirada
como un nuevo parabien.
Sin embargo, no fué todo
tan á gusto de mi afan,
ni hoy dia las cosas van
á mi gusto y á mi modo.

No hablo por tí, Beatriz,
ni creo que Leonor,
á quien debo tanto amor,
no juzgue verse feliz.
Pero no bastan á veces
ni el recato ni el pudor
para impedir al amor
caer en ridiculeces.
Hánme dicho que un mancebo
dá en perseguiros tenaz...

Beatriz. Eso habia?

Diego. Y que es audaz
sé tambien. Yo no me atrevo
á creer de tu recato
que le hayas dado esperanzas,
que un jóven de esas andanzas
no dá honor, dá desacato.

Leonor. Padre, decidme su nombre,
que aunque no amenguo mi fama
si con pudorosa llama
el amor me inclina á un hombre,
deseo el recuerdo fiel
de sus señas y aventuras
para huir sus travesuras
si es tan temible el doncel.

Diego. Don Juan Pacheco es un mozo
que do su planta encamina,
la virtud mas peregrina
pisa airado y sin rebozo.
De su arrojo y malas artes
la corte enterada está;
y se le conoce ya
por galan en todas partes.
Mas lleva siempre consigo
de libertino la fama,
y cuando sigue á una dama
no la dá el honor abrigo.
Ahora bien; creo que empleas
tu atencion en su amistad,
mas quiere mi voluntad
que ni le hables, ni le veas.
De tu bondad, Leonor,

espero firme obediencia,
que me dicta la conciencia
guardar intacto tu honor.
Sé que hasta hoy en rectitud
fuiste severa sin tasa,
y que con ambas mi casa
fué alcázar de la virtud.
Pero bueno es á mi fé
vivir, hija, prevenidos.

Leonor. Con potencias y sentidos
lo que me mandais haré.
Y si es cierto que al galan
vi una vez sin que me viera,
nunca presumí que fuera
tan libertino el don Juan.

Diego. Sigue la senda, hija mia,
de tu madre, que esté en gloria;
y guarda de ella memoria,
que es desde el cielo tu guia.
Otro ejemplo sin dezliz
hallarás aquí á mi lado,
que de virtudes dechado
es mi esposa Beatriz.
Tan solo en la religion
buscó delicia y consuelos,
que religiosos desvelos
prenda de su afecto son.
Mis amigos, y es corriente
lo son suyos sin desdoro,
que la guarda del decoro
otra amistad no consiente.

Beatriz. Esposo! (*Confundida.*)

Diego. Si de rubor
sientes el rostro encendido,
ya me callo: tu marido
contento está de tu amor.
Basta de sermonear
á mi familia querida:
disponed frugal comida,
porque pueda descansar.

Beatriz. Ves, Leonor?

Leonor. Al momento,

si sirvo á mi padre amado!
Ay don Juan, cómo has trocado
mis placeres en tormento!
(*Ap. y vase.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO. BEATRIZ.

Diego. Sé que próvido el destino
familia honrada me dió,
y librarla debo yo
del furor de un libertino.
Por eso dije á Leonor
lo que oiste, amada mia,
que ese don Juan sentiría
lograse de ella un amor
que no la haría feliz.
Beatriz. Lo mismo pienso que vos.
Diego. Solos estamos los dos:
déjame pues, Beatriz,
modelo de las esposas,
rinda yo culto estremado
á tu celo, que empleado
en prácticas religiosas
buscaste las ocasiones
en que ser útil á Dios.
Beatriz. Cuanto me ordenásteis vos
practiqué. Las oraciones
sostuvieron vuestra ausencia:
ellas y buenos consejos
preservaron desde lejos
mi virtud con insistencia.
Diego. Sé que personas honradas
tu pecho fortalecieron,
y esas noticias sirvieron
de consuelo á mis jornadas.
El claustro encierra sin tasa
varones de santo juicio,
y á ellos debo el beneficio
de que honren mi pobre casa.
Sigue esa senda sin miedo,

que al ver tan cristiano porte
ante la orgullosa corte
noble presentarme puedo.
Que si blanca mi cabeza
sirviendo al rey dá valía,
mas aprecio, esposa mia,
levantarla con nobleza.

Leonor. (*Sale.*) Cuando querais, ya servido
teneis lo que deseais.

Diego. Mucho por mí os desvelais!
De ambas estoy complacido. (*Vanse.*)

ESCENA V.

DON JUAN. TROPEZON.

Tropezon. Temeridad inaudita
es, don Juan, la que te mueve
á que pises de esta casa
los umbrales nuevamente.
Adónde vas, desdichado?

Juan. A ver á mis dos mujeres.

Tropezon. Cómo dos?

Juan. Acaso ignoras
que mi corazon pervierten
una niña y su madrastra,
aunque con distinta suerte?
Amo á la hija, y con ella,
noble en mi pasion ardiente
cual estrella que me guía
sigo su faro luciente.
La madrastra busca ansiosa
que á sus plantas me prosterne,
y ella de escalon me sirve
para que mi intento fuerce.
Mentirla amores es duro
cuando en mi pecho se mece
la pasion mas fervorosa
que desconocí imprudente.
Pero el alcázar cerrado
de don Diego es plaza fuerte
que solo por la madrastra

el asalto se consiente.
Y si consigo por ella
ver á Leonor, no intentes
disuadirme de mis planes,
y ayúdame en lo que puedes.

Tropezon. Y en qué puedo yo servirte?
necesitas de alca...

Juan. Tente,
que la dueña basta y sobra
para servir de serpiente
en el árbol mas frondoso
del Paraiso terrestre.
Solo quiero que en la puerta
de centinela te quedes,
y con toses ó estornudos
avises si alguno viene.

Tropezon. Y si ese alguno me pincha,
correrás á defenderme?

Juan. Buscaremos la salida
destruyendo inconvenientes.

Tropezon. (*Señalando las puertas.*)
Y en cuál de estas me coloco?
Yo soy uno, y ellas trece.

Juan. Ponte en la de la escalera,
y acude si ruido sientes.

Tropezon. Si me atacan por la espalda
te aviso que no me esperes,
que bajar los escalones
sabré yo de veinte en veinte.
Si suben, pierde cuidado,
que aqui á tu lado me tienes.
Pero por Dios, no tengamos
las danzas que armar pretendes,
porque aquí hay muchos criados,
serán mas que yo valientes,
y pagarán mis costillas
las culpas que tú cometes.

Juan. Por si acaso tienes miedo,
bueno será te encomiendes
al santo aquel de Palermo,
que es patron de los corchetes.

Tropezon. Ahora que hablas de alguaciles,

si la justicia viniese
y me atrapa en la escalera,
qué hago cuando me interpele?

Juan. Tú sabes que hubo un apóstol
que negó á Cristo tres veces.

Tropezon. Ya lo creo; y era calvo!

Juan. Pues aprovecha la especie
y haz por imitarle.

Tropezon. El gallo
faltará en trance como este;
pero á bien que habrá gallinas
si salimos lindamente.

Juan. Una prometo han de darte
cuando á la mesa te sientes.

Tropezon. Pues alto allá: *Per gallinam*
sum centinelam inermen.

Juan. Siento pasos: pronto y chito!

Tropezon. Ya tengo cerote!

Juan. Vete!
(*Empújale hácia la derecha.*)

ESCENA VI.

DON JUAN. DON DIEGO.

Diego. Un hombre aquí? Caballero,
podré saber qué se ofrece
en mi casa á tales horas?

Juan. (*Ap.*) Jesucristo! El padre es este!
Pues no estaba en Alemania?

Diego. Hablais? Qué quereis?

Juan. La suerte
me conduce á vuestra casa
con dos causas diferentes.
La primera es la de daros
plácemes y parabienes
de veros en ella salvo,
despues de mil accidentes
que dá la guerra; y la otra
saludaros cortesmente
en nombre de mi buen tio
el conde de Benavente.

(Si mi tio no saluda,
lo hago yo y lo mismo tiene.)

Diego. Es decir, si no me engaño,
que sois ese mozalvete
llamado don Juan Pacheco
que fama de loco tiene?

Juan. Puede sèr que esos informes
tengais vos de mí; mas puede
que os hayan mal informado,
y estoy pronto á defenderme.
En qué estriba mi locura?
en ser con todos alegre?
en no consentir galanes
que mi libertad refrenen?
en ser galan con las damas,
y en servirlas como debe
un hidalgo caballero
que cifra en eso su suerte?
En romper de tajo y corte
por medio de cien corchetes
que me impidan de las rejas
ser centinela perenne?
Si á eso llamais travesura,
digo que juzgais prudente,
pero si es locuras todo
soy loco que á nadie teme.

Diego. Si los informes mintieron,
muy mal las señas convienen
con vuestro lenguage franco,
que algo pica de valiente.
Los jóvenes de mi tiempo
eran mucho mas corteses
cuando les interrogaba
un anciano reverente,
y alarde jamás hacian
de sus faltas, aunque fuesen
de las que el vulgo llamaba
por mal nombre faltas leves;
pero vos que de las graves
os mofais con tono alegre,
sois de otra edad que adelanta,
si el vicio adelanto ofrece.

Juan. Sério venís y muy sério
de los paises de allende,
y juzgais del otro siglo
tan mal como del presente.
Que lo diga el de Villena,
uno de mis ascendientes:
entre él y su hijo don Diego
y el rey, que en gloria se encuentre,
cuando no eran las cristianas
andaban tras las hereges.
Don Diego, desengañaos,
desde Adan acá no puede
ni medrar la raza humana
ni mejorar de accidentes,
que la vedada manzana
es, ha sido y será siempre
la causa de que seamos
amables con las mujeres.
Por lo demás, las locuras
todas su término tienen;
el jóven llega á ser viejo,
á capitan el alférez,
el que es soltero se casa,
y en casándose se muere.

Diego. Doctrina impía! Son esos
los términos mas corteses
conque os manda vuestro tio
á darme los parabienes?
decidle, si así es lo cierto,
que el mensage me envanece,
pero que del mensagero
no he quedado complaciente.

Juan. Mal me tratais, cuando creo
que si lo enreda la suerte
hemos de ser, vive el cielo,
queridísimos parientes.

Diego. Por fin abristeis la llaga
que en mi corazon se acrece,
y voy á echar sobre vos
todo el veneno que vierte.
Yo tengo una hija...

Juan. Y bella!

Diego. Ojalá que no lo fuese,
que al menos no la miraran
los mancebos insolentes!
esta que es luz de mis ojos,
criada como se debe,
sin que la inmunda ponzoña
de cien labios la envenene,
ha sido para mis canas
orgullo de sus parientes.
Nuevas me dieron de vos,
y nuevas no muy alegres,
asegurando que en ella
pusísteis incautamente
los ojos, queriendo solo
turbar su tranquilo albergue,
marchitando de su nombre
la inocencia que la envuelve.
Volví cual tigre á quien roban
sus cachorros imprudentes
cazadores; y he llegado
por mi buena ó mala suerte
tan á tiempo, que no dudo
librarla de vuestras redes.
Ya sabeis que descubierto
estais en el lance aqueste,
y como siempre, quien busca
tender lazos, huye adrede
en cuanto su fin penetran,
os ruego que andeis prudente
en no pisar de mi casa
los umbrales, porque puede
que sin respeto al buen conde,
de quien no creo se acuerde
de mí, saldreis por desgracia
tan mal parado, que cuente
la fama en sus cien trompetas
el castigo de un aleve.
Salid!

Juan. Señor, todo reo
ante el tribunal defiende
su inocencia. Permitidme
que vuestra opinion respete

por las canas que os adornan,
aunque de injuriosas pequen.
Pero me tratais de loco,
despues me decís que trueque
mis ideas, porque aspiro
á un enlace solamente,
llamándome libertino
con ánimo de ofenderme.
Tambien pudiera deciros
que otros siglos y otras leyes
hicieron á los varones
mas afables y corteses;
pero olvido mis injurias,
y os suplico humildemente
que me acepteis para yerno,
que es lo que mas os conviene.

Diego. Don Juan, no en vano al hablaros
os apellidé insolente.
Despues que sé vuestras mañas,
teneis valor para hacerme
proposicion semejante?

Juan. Y proposicion que os tiene
mucha cuenta, porque al cabo,
como el diablo no lo enrede,
vuestra hija ha de ser mia,
y muy voluntariamente.
El diablo está en todas partes,
dice un refran; y bien puede
que yo me valga del diablo
para haceros mi pariente.

Diego. Tanto descaro, don Juan,
ejemplar castigo quiere!
Y aunque á mi frente se asoma
la frialdad de la nieve,
no os vais sin darme en el acto
(*Sacando la espada.*)
satisfaccion suficiente.
Reñid, que voto á los cielos
vais á ver cómo defiende
de la moral un anciano
las invulnerables leyes.
Reñid!

Juan. Con vos, imposible!
No soy tan loco que anhele
al padre de mi hermosura
robar la vida que tiene.
Si tan sediento de sangre
os mostrais, mi pecho es este:
herid! que al abrirle incauto,
hallareis entre sus pliegues
de Leonor cien retratos
que aquí con mano indeleble
grabó el amor; pero nunca
espereis que neciamente
se cruce con vos mi acero,
porque es fuerza que os respete.
Diego. Si no riñes, mis criados
serán entonces mas fuertes
que mi espada, y á sus manos
habrás de ceder.
Juan. No esperes
exasperar mi paciencia
con insultos. Prontamente
llamadlos, que de sus garras
veré si sé defenderme.
Diego. No riñes conmigo?
Juan. Nunca!
Diego. Y sin reñir, me prometes
no volver nunca á esta casa?
Juan. Volveré cuando quisiere.
Diego. Ya es por demás tu insolencia!
(*Llamando.*)
Ferrando, Fortun, Aguete,
venid todos, que un villano
á vuestro señor se atreve!

ESCENA VII.

DICHOS. TROPEZON. *A poco* CRIADOS.

Tropezon. Los escalones arriba
sube una nube potente
de jayanes, y á tu lado,

como te dije, me tienes.

Diego. Esto mas! De centinela
teneis apostada gente!
(*A Ferrando, que sale con dos criados.*)
Ferrando! De ese villano,
cuya audacia hirió mi frente
con deshonrosa sospecha,
y que batirse no quiere,
tomad la satisfaccion
que su vileza merece.

Juan. (*Sacando la espada.*)
El que diere un solo paso
y á mi persona se acerque,
del primer tajo le mando
á que Luzbel se le cene.

Diego. Qué esperais? De aquese modo,
Ferrando, se me obedece?

Ferrando. Señor!...

Juan. Atrás, mayordomo;
vil servidumbre, creedme,
y dejad libre la puerta
á quien en nada os ofende.
(*Se retiran.*)
Así! Don Diego, os respeto
como un padre, y solamente
por vuestro ciego furor
he pensado en defenderme.
Cien dias, cien ocasiones
hallareis para perderme,
porque á vuestra misma casa
habré de volver cien veces.
Pero si siempre os encuentro
tan airado, ved prudente
de ganar mi confianza
como un padre hacerlo debe
para que no menoscabe
de su opinion los laureles. (*Vase.*)
(*Tropezon va á seguirle, y don Diego le detiene.*)

Diego. Oye tú!

Tropezon. Voy muy de prisa!

Diego. Oye!

Tropezon. Señor!!

Diego. Detenedle!
(*Los criados le cierran el paso.*)
Tropezon. Como raton en la trampa
me cogió; Dios me consuele!
Diego. Como confieses tu culpa
libre de mi enojo vuelves;
pero cuenta con burlarme,
porque entre mis manos mueres.
Tropezon. (*Ap.*) San Benito de Palermo!
no vengas por hoy á verme!
Diego. Dónde conoció tu amo
á Leonor?
Tropezon. En la fuente.
Diego. Qué fuente?
Tropezon. La del bautismo!
Diego. Con cháchāras te me vienes?
Tropezon. No señor; verdad le digo.
En la Iglesia de ahí enfrente
hay una pila bendita
donde cristianos se vuelven
los que van naciendo moros;
y así mi boca no miente
si digo que á vuestra hija
vió mi señor cierto viernes
junto á ella; y es bien claro,
sin que nadie lo repruebe,
que la conoció mi amo
en las bautismales fuentes!
Diego. Se han hablado?
Tropezon. No sé tanto!
Diego. No le sigues siempre?
Tropezon. Siempre!
Diego. Y no has estado en mi casa
además de esta otras veces?
Tropezon. No señor, es la primera
que tal cosa me sucede.
Diego. No mientas!
Tropezon. Quereis lo jure?
Diego. Y has visto si algun billete
ha recibido tu amo
alguna vez?
Tropezon. Mas de veinte.

Diego. De mi hija!
Tropezon. No lo creo.
Diego. En qué estriba lo que crees?
Tropezon. En que conozco la letra
de muchísimas mujeres,
y letra desconocida
no ha entrado en su gabinete.
Diego. Te voy á dar un tormento
para que nada me niegues.
Tropezon. (*Ap.*) San Benito de Palermo,
no vengas por hoy á verme.
Diego. Esta bolsa será el premio
como sin miedo reveles
cuanto sepas.
Tropezon. Pues guardadla,
porque serviros no puede
mi ambicion, y eso que el oro
es cosa que me divierte.
Diego. Has notado alguna seña,
has venido casualmente
á registrar celosías...
Tropezon. Señor, yo soy un zoquete,
y mi amo nunca se fia,
cuando algun amor mantiene,
de mi tacto, porque sabe
que si en ello me entromete,
como soy algo cobarde
todo el negocio se pierde.
Diego. Ferrando, porque ese necio
memoria de ello conserve,
y cuente cómo se trata
en mi casa á quien la ofende,
dadle dos tratos de cuerda
y fuera de aquí ponedle! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FERRANDO. TROPEZON. CRIADOS.

Tropezon. Señores, por San Pacomio,
tened lástima de aqueste
pobre criado, y pensad

que si mi señor os tiene
bajo sus garras un dia,
vais á pagar con la muerte!

Ferrando. Nuestro señor lo ha mandado,
y es preciso obedecerle.
(*Los criados le emprenden á palos.*)

Tropezon. Cuidado, amigo Ferrando,
algun respeto tenedme,
ó doy cuenta á vuestro dueño
de cierto oculto billete
que en Santiago...

Ferrando. Basta, amigos!
dejadle!

Beatriz. (*Saliendo por el foro.*)
Qué ruido es este?

Tropezon. Ah señora, á qué buen tiempo
vuestro socorro me viene!

Beatriz. Qué ha sido?

Ferrando. Don Diego quiso
escarmentar á un pobrete,
ordenando á sus criados
que de palos se le diese:
obedecimos... mas ya
dejábamos de ofenderle.

Beatriz. (*Ap.*) Cielos! este es de don Juan
el criado, si no miente
mi memoria! Habrá sabido
mi esposo... Dios me remedie!
Acércate. Por qué causa
mi esposo de aquesa suerte
te trató?

Tropezon. Porque no quise
en mil enredos meterle,
contándole cien mentiras
por satisfacerle adrede.
Aunque soy criado, cómo
el pan de quien me mantiene,
y nunca contra mi dueño
fué mi labio maldiciente.

Beatriz. Retiraos. (*Vanse los criados.*)

Tropezon. (*Ap.*) Conquistarme
la portuguesa pretende.

Mentiras en ella, y vayan
los palos por las mercedes.

Beatriz. Sobre qué te preguntaba
don Diego?

Tropezon. Inocentemente
queria saber si el amo
vino á esta casa otras veces,
y si habia recibido
de alguno de ella billetes.

Beatriz. Y tú?...

Tropezon. Me dijo mi amo,
que si en tal trance me viese
negase mas que San Pedro,
y he cumplido tan fielmente
su encargo, que mis costillas
de tanto negar me duelen.

Beatriz. Nada descubrió?

Tropezon. Ni esto.

Beatriz. Eso es servir lindamente.
Vé á buscarle, y de mi parte
dile que si hablarme quiere
espero en aquesta tarde
á dos santos penitentes
que desde Jerusalen
á traer rosarios vienen.
El uno es Fray Fortunato
y el otro un lego, y advierte
que tienen franca la entrada
en el momento en que lleguen.

Tropezon. Y qué le importan los frailes
á mi señor?

Beatriz. Solo debes
decirle cuanto te digo:
lo demás él lo comprende.

Tropezon. Pues voy volando. Y don Diego...
(*Vase y vuelve.*)
con los frailes no se mete?

Beatriz. No digo que está avisado?

Tropezon. Pues se lo diré, corriente.

Beatriz. (*Dándole un bolsillo.*)
Toma, que quiero que vayas
contento de mí.

Tropezon. (*Ap.*) Dios premie
tanta largueza, y permita
que el oro que aquí se encierre
no sea de Portugal
y valga *cuentos de reis.* (*Vase.*)

ESCENA IX.

BEATRIZ. *Luego* DON DIEGO.

Beatriz. Triste es la suerte de la jóven bella
que sin tener arrimo ni pariente
por culpas de un tutor necia consiente
de noble anciano compartir la estrella.
Su tierno corazon sigue la huella
de una pasion que en entusiasmo ardiente
ciega su fé leal, y de su mente
víctima al fin ingratitudes sella.
Desbordada una vez por sus enojos
el campo corre de ilusion dorada
fijando allí sus deslumbrados ojos.
Y al contemplar la imágen deseada
que fascinó su primitivo encanto...
la ve, la adora y se deshace en llanto!!
Diego. (*Sale.*) Cómo tan sola?
Beatriz. Abismada
en la dicha que merezco
vine aquí, sin que guiase
mi planta ningun deseo.
Vais á salir?
Diego. Es preciso!
Tengo que dar cumplimiento
á diversas comisiones
que traigo del estrangero
y dilacion no permiten.
Beatriz. Y vais?...
Diego. Mi deber cumpliendo,
á ver á nuestro monarca.
Beatriz. Adónde?
Diego. Al alcázar régio.
Beatriz. Tardareis?
Diego. Si el soberano

no me detuviese, espero
volver dentro de una hora.
Por qué lo preguntas?

Beatriz. Creo
que han de venir esta tarde
los dos padres reverendos
que de los santos lugares
esperábamos; y anhelo
que presencieis su visita
y oigais sus padecimientos.

Diego. Tú sola para eso bastas!
Tu corazon siempre bueno,
en las prácticas mas santas
halla superior consuelo.
Si los vieses por humildes
no hacer de miseria estremos,
de tu compasion aguardo
les regales con esmero.
Las obras de caridad
son dones que abren el cielo,
y pues fortuna nos sobra,
sé generosa con ellos.

Beatriz. Así lo haré.

Diego. Mi llegada
ya sabrá el monarca escelso;
si me despachase pronto,
vendré á cumplir tu deseo. (*Vase.*)

Beatriz. Ferrando!

Ferrando. (*Sale.*) Llamais, señora?

Beatriz. A Palacio va don Diego,
y tú vas á ver al padre
guardian de nuestro Convento;
y le dirás que esta tarde
no envíe á los reverendos,
porque entregado al descanso
está mi señor y dueño.
Encárgalo como debes.

Ferrando. Lo encargaré como debo.

Beatriz. Y si acaso á nuestras puertas
en compañía de un lego
viene un fraile, no preguntes
ni el nombre ni el monasterio

a que pertenecen; solo
les conduces aquí dentro:
y ellos son para tu amo
los que llegan de tan lejos.

Ferrando. Y si mi señor descubre
que todo ha sido un enredo
y pago yo los pecados
sin comerlo ni beberlo?

Beatriz. Ligado estás, ya lo sabes,
á todos mis mandamientos,
y yo sé que tu codicia
me responde del silencio.

Ferrando. Es cierto, señora mia,
que soy avaro en estremo,
y es esa la única culpa
de que confesarme tengo.
Pero cuando estaba ausente
vuestro esposo, mi pellejo
no corria contingencias
y os servia placentero;
pero ahora la cuestion
varía tanto de aspecto,
que al saberse mis enjuages
tengo irresistible miedo.
Vos no sabeis hasta el punto
que se enfurece don Diego,
y estoy casi convencido
de que en la estacada muero.

Beatriz. Si no me sirves, lo mismo
te ha de pasar sin remedio,
porque negarte y decirle
tu torpe comportamiento,
será cosa de un minuto.

Ferrando. Quiere decir que lo mesmo
me ha de pasar? pues entonces
á serviros me convengo.

Beatriz. Y tú tendrás del servicio
cuanto apetezcas por premio. (*Vase.*)

ESCENA X.

FERRANDO. *A poco* DON CÁRLOS, *embozado.*

Ferrando. En buena te has metido, buen Ferrando!
Peligros por el uno y otro estremo!
Buena será la danza que se arme
como llegue á enterarse nuestro dueño!
Si no tiene camino! Cuando casan
á una jóven doncella con un viejo,
y él se marcha á la guerra descuidado,
y ella pone su vista en un mancebo,
mete el diablo la pata, y se divierte
en atizar de la pasion el fuego.
Y gracias que hasta ahora he conseguido
no juntarlos en casa ni un momento,
y hoy puedo sin temor estar tranquilo,
porque el fraile irá al lado de su lego.
Santiago! Patron mio, si me sacas
de este lio con bien y con dinero,
un mayordomo te daré de cera
si no me vuelven mayordomo cero.

Cárlos. (*Sale y aparte.*)
Pude llegar hasta aquí
con cautela y prevision:
otra vez de mi pasion
rémora soy.

Ferrando. (*Volviéndose.*) Quién va ahí?

Cárlos. (*Ap.*) Con este no hay que temer,
que es codicioso en estremo!

Ferrando. Quién sois?

Cárlos. Un hombre!

Ferrando. (Me temo,
que se echa todo á perder.)
Por qué la cara encubrís?

Cárlos. Por cuidado y por que debo.

Ferrando. (Yo conozco á este mancebo.)
Y quién sois no me decís?

Cárlos. Cuando seguro me halle,
te lo diré; ve si alguno
puede escucharnos.
(*Lo hace Ferrando.*)

Ferrando. Ninguno.
Cárlos. (*Bajando el embozo de la cara.*)
Mírame pues!
Ferrando. Lindo talle!
Ya os conozco, buen señor,
pero esta entrada importuna...
Cárlos. Vengo á ver si mas fortuna
hoy tengo con Leonor.
Tu imprudencia el otro dia
pudo costarme algo cara.
Nunca pensé que encontrára
en el jardin compañía.
Ferrando. Pues mas debeis de encontrar
esta tarde á lo que creo.
Mi señor salió á paseo,
y no debe de tardar.
Cárlos. Tu señor!
Ferrando. Hoy ha llegado.
Cárlos. El padre de mi hermosura?
Ferrando. Justo, y segun asegura,
de todo viene informado.
Sabe, que con grande afan
mientras él ha estado ausente
á su hija lindamente
rondaba cierto galan.
Y apurando á Leonor
dijo que su saña fiera
veria cuando volviera
de ver al Emperador.
Conque si quereis galante
librarla de un compromiso,
comprendereis que es preciso
que os vayais en este instante.
Cárlos. Irme sin verla!
Ferrando. Y no hay mas!
Cárlos. No puedes llamarla ahora?
Ferrando. No, que está con mi señora,
que es peor que Barrabás
Cárlos. Saciaré de tu ambicion
la medida!
Ferrando. Es imprudente!
Ay Dios mio! Se oye gente!

Cárlos. No tengas miedo.
Ferrando. Atencion!
Perdidos, señor, nos vemos:
visitas son!
Cárlos. A estas horas?
Ferrando. Vienen á ver mis señoras!
Adónde os esconderemos?
Cárlos. Esconderme? Buen indicio
de culpa si tal hiciera.
Para que yo me escondiera,
debia perder el juicio.
Ferrando. Que suben!
Cárlos. De tu señor
llévame al despacho. Guia!
Ferrando. Repare vueseñoría...
Cárlos. Lo manda el Emperador!!
(*Ferrando baja la cabeza sorprendido, y entra por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XI.

DON JUAN. TROPEZON. (*Vestidos de capuchinos con barbas largas, y la capucha calada.*)

Juan. Ave María!!
Tropezon. No hay nadie.
Juan. Mejor!
Tropezon. Peor!
Juan. No lo entiendo.
Tropezon. Yo sí, porque es cosa llana
que con el trage en que vengo
debieron desde la puerta
guiarme los escuderos.
Como se me atufe el bulto
á sermonear empiezo,
y voy á echar mas sofismas
y mas...
Juan. Repare que es lego,
y obedezca á sus guardianes.
Tropezon. (*Gangoseando é imitándole.*)
Pues ya se ve que obedezco!
Ave María Purísima!

Ferrando. (*Saliendo.*)
Sin pecado... Mas qué veo!
Ellos son!
Juan. Diga á su ama
que aquellos dos reverendos
de Jerusalen llegados,
á su humildad solo atentos
desean que les permita
recibirlos un momento.
Tropezon. Y que mande á sus criados
que nos dén un refrigerio.
Ferrando. Cumpliré con ello, padres;
vengan, pues, que en su aposento
están haciendo labor
con sus doncellas.
Tropezon. Me alegro!
Juan. (*A Tropezon.*)
Repare en cómo se esplica!
Señor Mayordomo, adentro
llevadnos, y si dá indicios
(*Ap. á Ferrando.*)
de que puede conocernos,
ved el mango de esta daga
que os sepultaré en el pecho.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO.

Inútil viaje, por Dios!
Por mas que prisa encarezco,
no he podido ver al César,
ni á su secretario. Creo
que el empeño que mostraban
para negarme su acceso
era que de su palacio
no ocupaba el aposento.
«A la noche es mas seguro
que os reciba,» me dijeron;
conque aguardemos la noche,

y como leal obremos.

(*Va á entrar en su habitacion á tiempo que sale Ferrando.*)

De dónde sales, Ferrando?

Ferrando. Dios me valga!

Diego. Por qué advierto
tal turbacion en tu rostro?
Qué es lo que hacias ahí dentro?

Ferrando. Señor... mi lengua se anuda!
La culpa... Señor... no tengo
de hallarme con personages...
que... si yo...

Diego. Ya lo comprendo!
Tu turbacion me ha esplicado
mis continuados recelos.
Hay un hombre que ha jurado
manchar los timbres escelsos
de mi casa, y sobornado
por él le cediste el puesto.
Confiésalo!... tú conspiras
con ese innoble sugeto,
y has cedido á las instancias
que te ha hecho don Juan Pacheco!

Ferrando. Don Juan? Señor, es posible
que penseis vos de este viejo
tan mal, y que de este modo
pague su agradecimiento?
No conozco á ese don Juan
ni tratos con el mantengo,
y maldígame mi estrella
si en sus negocios me meto.

Diego. Entonces, por qué te turbas?

Ferrando. Porque hace breves momentos
llegó hasta mí un embozado,
me puso una daga al pecho,
me mandó que le enseñára
vuestro despacho, y temiendo
que sobre mí descargase
su furia, llevéle adentro.

Diego. Y no conociste, imbécil,
que era el don Juan encubierto,
amenazador temible,

hipócrita y embustero?
Pronto, salvemos mi honra,
que los que nobles nacemos
y obramos como debimos,
cuando rehusan el duelo,
al puñal del asesino
encargamos el remedio.
(*Va á entrar y aparece don Cárlos, en la puerta de la izquierda, embozado.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. DON CÁRLOS.

Diego. Esto mas! con tal audacia
venís el rostro encubriendo?
Bien se conoce que nunca
olvidareis altanero
la ley infame que puso
sobre vuestra vida el cielo!
Robarme quereis la honra,
que es lo que en el mundo aprecio,
y venís á darme enojos
con notable desenfreno.
Batiros con un anciano
rehusásteis há un momento,
creyendo que el despreciarle
podria infundirle miedo;
pero donde nunca alcanza
la espada de un caballero,
llega de la ley el fallo,
y de la justicia el sello.
Cárlos. (*Ap.*) Por dónde ha sabido este hombre
mis amorosos intentos?
Quien se fia de criados
no espere favor completo.
Don Diego, vuestra arrogancia
me dá á entender...
Diego. Deteneos!
Esta voz no es de don Juan!
tantos contra mí! Qué es esto?
contra el honor de mi casa

se ha conjurado el infierno!
Quién sois?

Cárlos. Te ciega sin duda
tu noble furor, don Diego!
No tu honra hollar pensaba
cuando vine á tu aposento,
y tus palabras indican
que vienes por ella ciego.
Sacarte quiero de dudas,
que he nacido caballero,
y en vez de deshonra y tacha
á honrar tus servicios vengo!
(*Descubriéndose.*)

Diego. (*Cayendo de rodillas.*)
Cielos! El Emperador!

Cárlos. Alza, capitan, del suelo,
que si tú fuiste á palacio
á dar cuenta de tu empeño,
el monarca, que te estima,
su magestad deponiendo,
viene á verte en tu morada
como un simple caballero.

Diego. Gran señor!

Cárlos. Guia á tu estancia!

Diego. Vamos: (y permita el cielo
que el honor que tú me haces
no redunde en mi descrédito.) (*Vase.*)

ESCENA XIV.

FERRANDO. *Luego* TROPEZON.

Ferrando. Arreciando va el nublado,
y segun viene de negro,
la tempestad amenaza
confundirnos con sus truenos.
Quién será el iris que amanse
tanta lluvia!

Tropezon. (*Sale medio alegre.*)
Aquí está el lego!

Ferrando. Primer relámpago!

Tropezon. Escuche.

Ferrando. Adónde va el reverendo?
Tropezon. En busca de Fr... Fulano...
cuyo nombre no me acuerdo.
Ferrando. Pues no estábais con el padre?
Tropezon. No señor; pues conociendo
que él y las dos damiselas
tenian para *in eternum*
conversacion, he buscado
bajo un ligero pretesto
la cocina; y mi fortuna
un escaparate lleno
me deparó, donde habia
á docenas los letreros.
Buena bodega portátil
tiene vuestro amo don Diego!
Ferrando. Esto solo nos faltaba!
Buscad al padre corriendo,
y decidle que un recado
ha llegado del convento.
El padre prior ordena
que para un grande suceso
vos y el padre Fortunato
os llegueis en el momento.
Tropezon. Si no me guiais, no puedo,
que tengo perdido el tino.
Ferrando. Pues venid!

ESCENA XV.

DICHOS. EL ALCALDE.

Alcalde. Quietos, lo ordeno!
Loco estoy! llevé á la cárcel
al Emperador supuesto:
hoy vuelvo, y dice el alcaide
se ha escapado del encierro.
Hoy sabré quién es al cabo
el monarca verdadero,
que estoy citado á palacio.
Yo descubriré el enredo,
que aunque tres dias tan solo
hace que ocupo el empleo.

que le desempeño en regla
sabrá todo el universo.
Yo lo juro, por la vara
que empuño, y!... En cumplimiento
de una causa que se instruye,
pasad un recado espreso
al dueño de aquesta casa.

Ferrando. A mi señor?

Alcalde. Por supuesto!

Ferrando. Está con una persona
de muchísimo respeto,
y os será fuerza esperarle.

Alcalde. Yo de respetar no entiendo
cuando trato de justicias:
vais al instante?

Ferrando. No puedo,
que si supiéseis quién es,
os quitárais el sombrero.

Alcalde. No vengais con alharacas.
La jurisdiccion que tengo
me evita de cortesías
con grandes y con pequeños.

Ferrando. Pues una vez que es preciso,
oid aparte. Ese lego
no debe de ello enterarse.
Sabed que está con mi dueño (*Ap.*)
el Emperador.

Alcalde. Entonces
aguardaré; mas comprendo
que pasa su magestad
en esta casa su tiempo,
porque cuando vengo á ella
siempre en ella me le encuentro.

Ferrando. No puedo deciros mas.
Si gustais tomad asiento,
que en cuanto pueda avisarle
pasaré el recado vuestro.
(*A Tropezon.*)
Vos idos sin aguardar
al padre; que yo voy presto
á decirle que se vaya. (*Vase.*)

Tropezon. Si dar un páso no puedo!

Alcalde. Padre, sois de este distrito?
Tropezon. No señor: soy del de Alaejos!
Alcalde. Y en qué convento reside?
Tropezon. En el de Yepes anejo!
Alcalde. Y habeis venido á la corte?...
Tropezon. A negociar cierto pleito
por la bodega de enfrente.
Alcalde. Cómo os llamais?
Tropezon. Fray Tropiezo!
Alcalde. Es nombre de pila aquese?
Tropezon. No señor, es de pellejo.
Al rededor de mi ermita
hay peñascos muy tremendos,
y como allí tropezaban
los que venian á vernos,
resolvieron los guardianes
ponerme el nombre que tengo.
Alcalde. (*Ap.*) O el padre está algo alumbrado,
ó hay en su disfraz misterio!
Ha venido solo á casa?
Tropezon. No señor, mi amo está dentro,
y lleva mil indulgencias
que en Jerusalen nos dieron.
Alcalde. Y decidme: la otra noche
no tuvísteis un encuentro
con un alcalde?
Tropezon. En mi vida
topé con hombres como esos.
Alcalde. Pues vuestra voz se parece
á la de cierto escudero
que prender quise.
Tropezon. Sería
la de un hermano que tengo,
que ese sí, sirve á un galan
que le gusta andar en retos.
Alcalde. Pues justamente le busco
para conferirle un premio.
Como le encuentre, he de darle
satisfaccion por completo.
Sabeis vos dónde se hospeda?
Tropezon. Toma! Donde yo me hospedo.
Alcalde. Pues alto! hasta que le encuentre

vais á ser mi prisionero;
que me ha dado una sospecha,
y á descifrarla me avengo.

Tropezon. Prision á mí? El arzobispo
decidirá.

Alcalde. Ya es empeño!
Alguaciles!! (*Salen cuatro alguaciles.*)
A ese fraile
vigilad mientras que vuelvo
con la licencia oportuna
para prender en derecho.

Tropezon. (*Llamando al foro.*)
Señor!! Padre Fortunato!

ESCENA XVI.

DICHOS. DON JUAN, *con hábitos.*

Juan. Qué me demandais, Fray Pedro?

Alcalde. Cayó en la red! no hace mucho
que ese miserable lego
me dijo que se llamaba
de otro modo.

Tropezon. Fray Tropiezo,
por aquellos tropezones
que junto á mi ermita tengo.

Juan. Y qué queríais? (*Al Alcalde.*)

Alcalde. Prenderle,
por señas de un escudero
que la otra noche hizo burla
de mi ronda y de mi empleo.

Juan. Y cuándo, señor Alcalde,
dejareis de ser un necio?
La justicia no se entiende
con nosotros. Vive el cielo,
que os he de mandar mañana
al alcázar de Toledo.
La otra noche me encontrásteis,
y si al pronto fuísteis cuerdo,
dísteis luego en la locura
de soltar á un caballero
que tomó altivo mi nombre

para librar su pellejo.
(*Quítase el hábito y muestra el toison.*)
Miradme bien: conocedme!
La joya que al pecho llevo
es rayo que de la esfera
anonada á los incrédulos.
Paso á don Cárlos!!

Alcalde. Señor,
sin negaros el respeto
que mereceis, la otra noche
topé con dos caballeros
que ambos disputaban ser
la cabeza de mi reino.
Vos os librásteis, y el otro
buscó testigos apuestos
que en su favor declararon,
y libre quedó al momento.
Hace pocos dias vine
por la mediacion de un deudo
á ser Alcalde de corte,
y nunca tuve el escelso
honor de ver al monarca
mas que en aquellos sucesos.
Esa joya que deslumbra
me llena de desconcierto.
Si obro mal, al respetaros
yo pagaré con mi cuello;
pero si sois efectivo
el Emperador mi dueño,
perdonadme, que obro solo
para demostrar mi celo.

Juan. Oid aparte. — A tu oido
habrá llegado el esceso
conque en galante aventura
pasar mis ocios pretendo.
Muchas hallarás de aquestas,
porque de galan me precio,
y quiero en mis servidores
prudencia, tacto y silencio.
Vente mañana á palacio,
y al conocerme, te advierto
que saldrás agradecido

del favor que te reservo.

Alcalde. (*Queriendo arrodillarse.*)
Señor, perdon!

Juan. Disimula!
Si ves de esta casa al dueño
y esplicacion te pidiera
de mi venida, te advierto
que quien con amores anda
debe comportarse cuerdo.
El diablo está en todas partes!
No lo olvides, y... silencio!

Alcalde. Paso, alguaciles!

Tropezon. Sí, paso!
No tropiece Fray Tropiezo!
(*Salen los dos.*)

ESCENA XVII.

EL ALCALDE. ALGUACILES. *A poco* DON CÁRLOS. DON DIEGO.

Alcalde. Si será efectivamente
el demonio verdadero!
Pero gente aquí se acerca.
En este sitio ocultémonos,
que si es el amo de casa
debo obrar con mucho tiento.
Cielos! Creo que me han visto!
Aprisa! Vamos adentro.
(*Se retiran al foro.*)

Diego. (*Saliendo.*)
Vaya vuestra magestad
tranquilo á palacio ahora,
mientras aquí un padre llora.

Alcalde. (*Ap.*) Jesus! Otra falsedad!
Me han visto y están fingiendo!
Daré pruebas de mi tino!

Cárlos. Vete, que ya sé el camino.

Alcalde. (Pero yo te iré siguiendo.)

Diego. (*Acompañando á don Cárlos hasta la puerta.*)
Mañana á palacio iré
á pedir recta justicia.

Alcalde. Yo á los dos por tal malicia

que os corten el cuello haré.
(*Saliendo.*)
Ya se ha marchado! Alguaciles!
No le deis lugar á nada.
Amarradle sin demora.
Date preso!

Diego. (*Queriendo defenderse.*)
Atrás, canalla!

Alcalde. (*A dos que le sujetan.*)
Tapadle pronto la boca.
Vosotros tras aquel maula
corred, y llevadle luego
al tribunal de la Santa.
Qué tino tengo! Qué tino!
Quién á mi justicia engaña!
Con justicias justicieras
que como yo justiciáran,
fueran justas las justicias,
y ajusticiados quedaban
los justicieros injustos
que á justiciar no acertáran.
Esto se llama ser justa
de la justicia la vara!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de audiencias en el alcázar de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

BOBADILLA. SANTILLANA. PORTILLA. VARIOS CORTESANOS.

Bobadilla. Pues eso pasó, señores.
La magestad del monarca
se vió de la Inquisicion
en la cárcel, ultrajada.
Y si no es por el alférez
que estaba entonces de guardia
y al monarca conocia,
hasta grillos me le zampan.

Santillana. Pero qué Alcalde es aquese
que hace tales alcaldadas?

Bobadilla. Uno que fué presentado
por doña Luisa de Vargas,
y há seis dias que ha venido
del pueblo, á tomar la vara.

Portilla. Pero de ese prendimiento
no se ha sabido la causa?

Santillana. Segun á mí me han contado,
el padre de una muchacha,
á quien don Cárlos hacia
el amor por las ventanas,
llamó furioso á la ronda;
y como á las estocadas
que repartió, quedó muerto
un alguacil, sin tardanza

le cogieron entre todos,
y...

Bobadilla. No es eso, Santillana.
Yo estoy mejor informado,
que me lo ha contado el ama
de mi sobrina, que vive
frente á frente de la casa.

Santillana. Pues decidlo, que entre todos
está la cosa guardada.

Bobadilla. Hay una jóven muy bella
que obsequia nuestro monarca
sin que ella se haya atrevido
á darle ni una esperanza.
Esta niña tiene un novio
de grande prestigio y fama,
y en la corte son notorias
todas sus calaveradas.

Portilla. Si será don Juan Pacheco?

Bobadilla. El mismo. En hora menguada
fué don Cárlos esa noche,
y halló en el jardin entrada
en ocasion que en coloquios
estaban galan y dama.
Don Juan, que es poco sufrido,
tiró al punto de la espada,
y en un santiamen me han dicho
que al Emperador desarma.
Llega la ronda, no encuentra
mas que á don Juan, y con calma,
sin saber cómo ni cuándo,
quita el embozo á la capa,
y del toison la venera
sobre su ropilla esmalta.
El Alcalde aturrullado
le toma por el monarca,
le deja libre la puerta;
don Cárlos vuelve á la casa,
y la justicia le prende,
y está la historia acabada.

Santillana. Buen pájaro es el Pacheco!
Sabeis que tiene mil tramas
para salir bien de todo,

y dá cada cuchillada
cuando en la ocasion se encuentra
que hace añicos cuanto alcanza?

Portilla. Sí que es valiente: mas siempre
busca disfraces y trazas,
y por las artes del diablo
de los peligros se escapa.

Bobadilla. Es el demonio. Ayer tarde
dicen le citó una dama,
y no adivinando el modo
de introducirse en la casa,
se vistió de capuchino
con unas barbas muy largas.
Ya se ve... como hoy en dia
hay hombres de buena pasta
que juzgan que un capuchino
es mas persona que el Papa,
en cuanto llegó á la puerta
le dieron entrada franca.

Santillana. Y le descubrieron?

Bobadilla. Toma!
Dió la triste circunstancia
de estar con el amo de ella
en pláticas el monarca.
El Alcalde, que de entonces
desatalentado anda,
entró allí á tomar informes:
se ve á don Juan cara á cara,
este se quita los hábitos,
el toison al pecho planta,
y se le quedó el justicia
con una boca tamaña.

Santillana. Tiene chiste la aventura!

Bobadilla. Es de muchísima gracia!
tanto, que hoy en todas partes
por graciosa se contaba,
y aplaudian al oirla
nobles, mancebos y damas.

Santillana. Pues yo, señores, comprendo
que don Juan Pacheco haga
tales cosas; mas no entiendo
el por qué nuestro monarca

deje que tales sucesos
en su corte logren fama.
Si don Juan el toison lleva,
ó es falso, ó burlas prepara
con una joya que empieza
á ser tan reverenciada.
Y si por chistes de un mozo
pierde el prestigio que guarda,
qué pecho se honra con ella
si sirve para las farsas?

Bobadilla. Es verdad! Mas por ahora
la decision soberana
ningun partido ha tomado.
Puede que no sepa nada.

(*Sale un ugier por la puerta izquierda.*)

Ugier. Su magestad recibiros
se digna.

Bobadilla. Vamos sin falta,
que luego continuaremos
las historias comenzadas.

(*Entran todos.*)

ESCENA II.

EL ALCALDE. *A poco* DON JUAN.

Alcalde. Héme aquí á pedir perdon
de culpas que he cometido!
Por qué tan necio habré sido!
Por qué me aturde un toison!
Desdichas sin duda son
de mi aventurado porte:
tomé la ambicion por norte,
de influencias me previne,
y valido de ellas vine
á ser Alcalde de corte.
Creía que eran de miel
las horas que me aguardaban,
y mis parientes pensaban
que iba á hacer un gran papel.
Mas hoy de vinagre y hiel
pruebo la esponja empapada,
y culpo la hora menguada

en que ganoso de honor
logré del Emperador
la toga que me anonada.

(*Queda sumido en meditacion.—Sale don Juan, y al reparar en el Alcalde, saca el toison de la limosnera y se lo coloca, viniendo á tocarle en el hombro. El Alcalde cae de rodillas, y don Juan se sienta en el sillon régio que hay al lado de la mesa.*)

Juan. Venís á darme razon
de estar vuestras diligencias
concluidas, ó habeis hecho
desprecio de mi advertencia?
Supongo, señor Alcalde,
que tendreis ya vuestra presa,
y sabré quién es el loco
que necio me representa.

Alcalde. (*De rodillas.*)
Señor, tengo en movimiento
una falange soberbia
que corren de casa en casa
sin omitir diligencia.
Pero hasta ahora han sido vanas
cuantas propuso mi empresa,
porque no encuentro un sugeto
que á vos, señor, se parezca.

Juan. Conque entonces es inútil
la vara que á mi largueza
debeis? Es decir que sois
muy bueno para que prendan
á Emperadores, y no
para los que el nombre inventan?
Es decir que me llevásteis
á la cárcel mas austera
que hay en mi reino, y convicto
de haber osado á mi alteza
no encontrais al impostor
que falsifica mis prendas?

Alcalde. Augusto señor, no niego
que merezco en mi torpeza
las duras reconvenciones
que su magestad emplea.
Pero sin duda es el diablo

el que con mi celo juega,
porque en Madrid no he dejado
segura piedra con piedra,
y nadie informes me ha dado
de lo que busco en la tierra.

Juan. Debísteis saber primero
quiénes son los que en aquesta
villa y corte llevan fama
de aturdidos calaveras.
Y tal vez en uno de esos
que de valientes se precian
puede ser que os diera el cielo
la persona que os aterra.

Alcalde. Todo aqueso lo he corrido,
todos son nobles de veras,
y he juzgado aquesa trama
indigna de la nobleza.
Además, el tal sugeto
me dijo con voz serena,
cuando vestido de fraile
quise prenderlo por fuerza,
las palabras que os repito.
«Di á don Diego, di á su alteza
que el diablo está en todas partes.»
Conque si su voz es cierta,
en vez de ser de este mundo
es el demonio de veras.

Juan. (*Levantándose.*)
Pues oid: de aquí á mañana
os doy el plazo que resta
para prenderme al osado
que mi magestad desprecia.
Y cuenta que si este espira,
y no habeis dado en la treta,
mañana en anocheciendo
os cortarán la cabeza. (*Vase por el foro.*)

(*El Alcalde queda anonadado. Don Juan llega á la puerta del foro, vuelve la cabeza, ve al Alcalde inmóvil, suelta la carcajada y desaparece. — Los cortesanos salen por la puerta de la izquierda: al ruido que hacen se pone el Alcalde de pié, apoyándose en un brazo del sillon régio.*)

ESCENA III.

EL ALCALDE. LOS CORTESANOS. *Luego* DON CÁRLOS.

Bobadilla. Ya veis qué contento estaba!
Santillana. Mucho!
Bobadilla. Y con qué gentileza
lleva el trage!
Santillana. Diz que pronto
vendrá á esta sala á la audiencia,
y presenciar nos permite
el cómo castiga ó premia.
Ugier. Su magestad!!

(*Sale don Cárlos.—A esta voz vuelve el Alcalde la cabeza, y al ver á don Cárlos, cae anonadado en el régio sillon.*)

Alcalde. (*Cayendo.*) Cielo Santo!

(*Al verle en el sillon hay un gran murmullo entre los cortesanos.*)

Cárlos. Qué es eso? Tanto os altera
mi vista, que en el sillon
caeis donde doy audiencia?
Alcalde. (*Levantándose apresurado.*)
Señor... vuestra magestad...
el perdon... y mi cabeza...
Cárlos. No os turbeis, que es mal agüero
en quien la justicia lleva
por obligacion consigo,
turbarse de esa manera.
Acercaos... sin temblar!
Sabeis que de mi grandeza
no os podeis quejar, y há poco
que os perdoné mis ofensas.
Y cuando aquí habeis venido,
será que ya con certeza
descubierto habreis sin duda
al que os mandé que prendiérais.
Alcalde. Todavía... (*Turbado.*)
Cárlos. (*Sério.*) Voy creyendo
que dais en locura estrema,
y no servís para el cargo
que ejerceis. Mas tened cuenta

que esta es la última palabra
conque os despide mi lengua.
Una hora os doy de plazo;
componeos de manera
que traigais al delincuente,
porque os corto la cabeza.

Alcalde. Señor, ante esa amenaza,
que un fiel vasallo respeta,
no puedo permanecer
en turbacion tan tremenda.
Dos castigos se me imponen
por dos personas diversas;
las dos mi cabeza quieren,
y no sé cómo se arregla
este negocio, que á una
podré pagar con la pena,
pero á la segunda dudo
que pueda dar mi cabeza.

Cárlos. Cómo es eso?

Alcalde. En esa silla
no há dos minutos siquiera
estaba un Emperador
acriminando de veras
mi proceder: se levanta,
se va por aquella puerta,
y otro Emperador ahora
por aquesa se presenta.
No dudo que sois don Cárlos,
y el otro un farsante era;
pero he perdido sin duda
los sentidos y potencias,
y estoy pasando entre tanto
del purgatorío las penas.

Cárlos. Y decís que en este sitio?...

Alcalde. Y en aquesa silla mesma.

Cárlos. Y os amenazó?...

Alcalde. No es nada!
Con cortarme la cabeza
si hasta mañana á la noche
no descifraba el problema.

Cárlos. Ya va picando en historia
tanto enredo. Me contenta

ver que en mi mismo palacio
mete el diablo las orejas.
¡A ver! Llamad á Mendoza.
(Al ugier, que se va.)
Voy á ver si de la treta
sé yo buscar el ovillo
para romper la madeja.
(Sale el capitan Mendoza, que se cuadra á recibir la órden del rey.)
Mendoza, sabeis la casa
del buen marqués de Villena;
decid á don Juan Pacheco
venga al punto á mi presencia.
Entre todos los galanes
que en Madrid arman pendencias,
él es el mas atrevido,
y ya que un Alcalde lleva
tan mal el asunto, quiero
valerme de un calavera.
Si es el diablo el que ha metido
la pata en estas quimeras,
don Juan es pariente suyo,
y algo del negocio sepa.
Vos, Alcalde, vais al punto
á la Inquisicion: en ella
á don Diego Peralada
con toda la diligencia
buscareis, y á mi palacio
conducidle con presteza.
Y mandad que al mismo tiempo
á reunírsele vengan
su nueva esposa y su hija,
porque á todos interesa
descubrir una maraña
que ha tejido una alma en pena.
(Vanse el Alcalde y el capitan.)
Ugieres, pasad aviso
de que ya el monarca espera,
si hay quien le pida justicia.
Ugier. *(Hablando hácia adentro en la puerta.)*
Se dá principio á la audiencia!!

ESCENA IV.

DICHOS. UN HOSTERERO.

Hosterero. Señor y rey: á tus plantas
vengo á poner mi cabeza,
si con justicia no pido
resarcimiento en mi hacienda.
Cárlos. Os han robado?
Hosterero. Robado...
no es la espresion verdadera:
no me han pagado, y han hecho
pedazos mi casa entera.
Cárlos. Qué sois?
Hosterero. En una hostería
paso mi vida algo estrecha,
porque están los tiempos malos
y no sobra la moneda.
Anoche pidióme un fraile
que una cena le sirviera,
y le sacára asímismo
de buen vino dos botellas.
Como sé que hay reverendos
de muy buenas tragaderas,
y que estos pagan corriente
sin examinar las cuentas,
le serví á cuerpo de Papa.
Se cenó un par de chuletas,
un plato de cochifrito,
y unas frutas en conserva;
y no bastándole el vino
que al principio le pusiera,
le saqué dos frascos nuevos
del de Montilla y Lucena.
Los apuró: presentéle
la lista de lo que adeuda,
y me dijo que olvidada
se le quedó la escarcela.
Como es natural, brindéle
á que un mozo de mi tienda
le acompañára al convento
para percibir la cuenta.

Negóse á tal cortesía;
armamos la pelotera,
y al punto acudió la ronda
cuando grité resistencia.
El lego, porque era un lego
con unas barbas muy negras,
comenzó á llamar á voces
á su amo: estaba cerca
sin duda, porque á muy poco
viene un señor con gorguera;
oye solo á su criado,
que mil embustes le cuenta,
y el amo emprende con todos
á cuchilladas tremendas.
Hizo huir los alguaciles,
rompió vasos y botellas,
me dió un grande cintarazo
debajo de las orejas,
y amo y criado se fueron
sin abonarme la cuenta.
Informéme del mancebo,
y supe con estrañeza
que se llamaba don Juan,
y es deudo del de Villena.
Me he quejado á la Justicia,
y me han cerrado la puerta
so pretesto de que tuve
la culpa de la pendencia;
por tanto, justicia pido,
si es que hay justicia en la tierra.

Cárlos. No hay mas: de don Juan Pacheco
es una hazaña tremenda.
Vive Dios que de mi corte
se está burlando un tronera,
y es preciso un escarmiento
para enseñarle la enmienda.
Id descuidado: os prometo
que habreis justicia tan recta,
que bendecireis la hora
que acudísteis á mi audiencia.
(*Se va el hosterero.*)
Ya lo estais viendo, señores.

y me asalta la sospecha
de que es el mismo don Juan
el autor de la otra treta.

ESCENA V.

DICHOS. BEATRIZ. DOÑA LEONOR.

Beatriz. (*De rodillas.*)
Justicia pido al monarca.
Cárlos. (*Ap.*) Oh Dios! Leonor es esa!
(*Alto.*) Contra quién pedís justicia?
Beatriz. Contra quien la dá en la tierra.
Cárlos. Cómo es eso?
Beatriz. Perdonadme
si el dolor hace á mi lengua
verter palabras que acaso
á la magestad ofendan.
De don Diego Peralada,
cuya notoria nobleza
y sus señalados hechos
en la corte y en la guerra
son conocidos del mundo,
soy la esposa; de su vuelta
de Alemania ayer mañana
gozábamos la sorpresa,
cuando acaeció en mi casa
un lance de que ya entera
sabeis, gran señor, la historia.
Para probar con certeza
mil sucesos anteriores,
de que él inocente era,
se le puso en un encierro
con injuria manifiesta.
Como fuera del alcázar,
aunque es la persona mesma,
parece que el soberano
no es asequible á la queja,
ante el tribunal venimos
de su justicia severa
á pedir para don Diego
lo qúe su culpa merezca.

Si es que resulta inocente,
(como es forzoso que sea)
pedimos que se publique
en alta voz su inocencia,
sin que en sus gloriosos timbres
quede un átomo de afrenta.

Cárlos. Y vos, Leonor, traeis
alguna segunda queja
ante mi persona real?

Leonor. Doña Beatriz de Almeida
ha espuesto ya como esposa
los agravios que cercenan
la opinion de Peralada;
los mismos mueven mi lengua,
que la sangre de mi padre,
vertida en vuestra defensa,
por galardon no merece
la cárcel en que se encuentra.

Cárlos. (*A los cortesanos.*)
Caballeros, retiraos;
no os alejeis, porque espera
mi justicia dar á todos
en esta mañana mesma
ó su premio ó su castigo.
Cuando oportuna parezca
vuestra asistencia á mi lado,
volvereis á mi presencia.

(*Los cortesanos van saliendo. Los últimos son Bobadilla y Santillana.*)

Bobadilla. Grandes sucesos se agolpan!

Santillana. Pero entre tanto se queda
solo con las dos mujeres.

Bobadilla. Eso es por ver si confiesan.

Santillana. Galante es el confesor!

Bobadilla. Pues podeis sacar la cuenta,
que como sea el pecado
les dará la penitencia. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

DON CÁRLOS. DOÑA LEONOR. BEATRIZ.

Cárlos. Depuesta la magestad,

y á solas con mi justicia,
voy á hablaros sin malicia
para buscar la verdad.
Si de amoroso desliz
nace á veces un apuro,
y hubo deslices, os juro
justicia haceros, Beatriz.
Por eso á mis cortesanos
mandé que se retiráran,
evitando que formáran
cálculos asaz livianos.
Sola aquí mi magestad
en amiga se convierte,
que quiero de aquesta suerte
llegar hasta la verdad.

Beatriz. De amores hablais, señor,
y os juro que no os comprendo...

Cárlos. Pues yo á mi modo lo entiendo.
Sabeis vos algo, Leonor?

Leonor. Si á favores aludís
que en una jóven sencilla
dán pábulo á la mancilla,
no entiendo lo que decís.
Pero si hablais de galanes
que forzando convicciones
no hacen caso de razones
y buscan otros desmanes,
y atendiendo á su grandeza
fácil lo juzgaron todo...
comprendo busquen el modo
de obrar con tal ligereza.
El desprecío noblemente
se venga con un favor,
pero por ello, señor,
no se prende á un inocente.
Si venganza merecia
quien no cedió á seducciones,
en los nobles corazones
se respeta la hidalguía.
Soy una débil mujer,
pero honrada me criaron;
cuando me solicitaron

no me olvidé de mi ser.
Puro amor cabe en mi seno,
porque es divina su hechura:
nunca de pasion impura
probára el mortal veneno.
Si aquesto saber quereis,
contestacion os he dado:
lo que entre ambos ha pasado,
demasiado lo sabeis.
Y no querreis en verdad
seguir el plan delincuente;
que yo alzo pura la frente
ante vuestra magestad.

Beatriz. Sorpresa tan inaudita!!!
No comprendo por mi fé!!

Cárlos. (*Ap. á Beatriz.*)
Pues considerad que sé
quién dió á cierto fraile cita!
Y si ella pura en su amor
me despreció por galan,
hay quien pretendió á don Juan
que es el que ama Leonor.

Beatriz. Eso sabeis?

Cárlos. (*Ap.*) Sí por Dios;
conque adivinad os ruego
si al encerrar á don Diego
quise salvar á las dos.
Leonor, no me ofendeis, (*Alto.*)
porque no me haceis agravio,
mas, ha dicho vuestro labio
lo que á Pacheco quereis.
Eso que fuera un secreto
para muchos en verdad,
lo sabe mi magestad,
y á guardarle me prometo.
Pero quereis á un galan
que ha burlado mi hidalguía,
y el trono por vida mia
no ha de padecer desman.
Vuestro padre quedará
libre hoy mismo de prision,
y en la española nacion

su inocencia se sabrá.
Con todo, habré de aclarar
de su casa los misterios,
que son asuntos muy sérios,
y han dado mucho que hablar.

Beatriz. Pretendereis, gran señor,
culpar á alguno?

Cárlos. Tal vez;
pero si obro como juez
pondré á salvo vuestro honor.
Tiempo es ya de que dé fin
á un juego de imprevision,
y que recobre un toison
perdido en vuestro jardin.
No es toda la culpa de él;
lo es de cierta autoridad
á quien la casualidad
hace jugar mal papel.
Y unido á la travesura
de un diablo de mozalvete,
vengo yo á ser el juguete
de tan estraña aventura.

Beatriz. Cosas referís, señor,
que asombrarán á cualquiera:
si don Diego las supiera,
infeliz de Leonor!!

Cárlos. Por ella prendí á don Diego:
nada en la cárcel sabrá,
y pábulo no dará
á su desenfreno ciego.
Que cuando llegue á saber
por los demás la aventura,
pondré á Leonor segura
sin que tenga que temer.
Obra así quien noble nace? (*A Leonor.*)

Leonor. Sí señor: y esa es la ley!
Obrando con honra el rey
la justicia satisface.
Sin embargo, el que es galan
(*Marcándolo.*)
añade á tan noble accion
un favor en la ocasion.

Cárlos. Cuál?

Leonor. El perdon de don Juan.

Cárlos. Y el ultraje sin rebozo
que en mi persona comete?

Leonor. Como es diablo el mozalvete
serán diabluras de mozo.

Cárlos. Quiero de sus malas artes
hasta el gérmen estirpar;
que si él ha dado en contar
que el diablo está en todas partes,
yo á mi vez le haré entender
que hay ángeles en la tierra
que burlan en cruda guerra
las mañas de Lucifer.

Leonor. Que lo sepa es de razon;
mas por eso castigarle
puede tal vez enterarle
que es venganza de pasion
contrariada, y de ese modo,
queriendo hacerme justicia,
dais pábulo á la malicia
para que se pierda todo.
(*Ruido en la antecámara.*)

Cárlos. Ugieres!! De ese alboroto
(*Salen los ugieres.*)
quién es la causa?

Ugier. Señor,
un lego de buen humor!

Tropezon. (*Dentro.*)
Si habla mucho, le acogoto.

Cárlos. Vais á permitir la entrada,
y aun á mandarla en mi nombre;
quiero interrogar á ese hombre,
que tal vez no sepa nada.
Pero he prometido hacer
en público tal proceso,
y de la justicia el peso
ninguno me ha de torcer.
(*Vase el ugier.*)
Señoras, vuestra presencia
no abone lo que se trata:
en esa sala inmediata

esperareis mi licencia.
(A un ugier.)
Guiadlas vos; y á mi fé
dejad formar el sumario;
cuando sea necesario
mis órdenes os daré.
(Entran en la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

DON CÁRLOS. BOBADILLA. SANTILLANA. PORTILLA. CORTESANOS. MENDOZA, *trayendo á* TROPEZON, *vestido aun de fraile.* LOS UGIERES *en las puertas.*

Bobadilla. *(Al salir.)*
Santillana, ya no están.
Santillana. Se acabó la confesion,
y les dió la absolucion.
Bobadilla. Absolucion de galan.
Tropezon. *(A Mendoza.)*
No me zarandée mas,
que ya pierdo la paciencia.
Cárlos. Repara que en la presencia
del Emperador estás.
Soltadle. *(A Mendoza, que le deja libre.)*
Tropezon. Gracias á Dios
que libre estoy.
Cárlos. Ven aquí.
Quién eres?
Tropezon. Eso es á mí?
Cárlos. Claro!
Tropezon. No lo sabeis vos?
Cárlos. Mendoza, habeis observado
las órdenes que os dicté?
Mendoza. Sí señor, mas no encontré
lo que me habiais mandado.
Fuí á casa del marqués
en busca de su sobrino,
y encontré ese capuchino,
que presumo no lo es.
Don Juan habia salido
esta mañana temprano,

y hallando ese lego á mano
á la fuerza le he traido.
No habla mas que disparates,
y no contesta en razon.
Todas sus respuestas son
solemnísimos dislates.

Cárlos. Bien está. Cómo te llamas?

Tropezon. Ayer Fray Tropiezo fuí,
y hoy han tropezado en mí
por culpa de ciertas damas.

Cárlos. En qué convento habitais?

Tropezon. En ninguno.

Cárlos. No sois lego?

Tropezon. Que soy lego no lo niego;
pero vos, no preguntais.

Cárlos. Ten á tus respuestas tino,
porque te va la cabeza.

Tropezon. Señor, soy en una pieza
ó criado ó capuchino.
Y si vuestra magestad
promete á salvo dejarme,
aunque voy á aventurarme
os contaré la verdad.

Cárlos. Dila pues, y ten en cuenta
que sé todo lo que pasa.

Tropezon. La otra noche en una casa
hubo una riña sangrienta
en las sendas de un jardin;
mi amo, que es mozo valiente,
dió allí una prueba patente
de ser bravo paladin.
De Alcalde ni ministriles
le aterraron los ladridos,
y huyó, dejando tendidos
á seis ó siete alguaciles.
Emperador se fingió
sin saber por qué derecho,
y con una joya al pecho
por medio de ellos pasó.
Yo, que nunca pienso mas
que lo que mi amo piensa,
pensé inferirle una ofensa

si no marchaba detrás.
La cabeza enderecé,
y mirando sin reparo
al Alcalde, con descaro
por delante de él pasé.
Recibió mi señor luego
un billete superfino;
disfrazóse en capuchino
y me mandó ser su lego.
Nos encaminamos juntos
á casa de una prendera,
y la obligó á que vendiera
dos hábitos de difuntos.
La treta á aclarar empiezo
y sigo á mi amo gozoso;
buscar nombre era forzoso,
y me llamé Fray Tropiezo.
En la casa del jardin
entramos con desenfado,
porque ya estaba avisado
el portero malandrin.
Dióme allí la tentacion
de no tomar chocolate,
y hallé en un escaparate
la mas rica provision.
Retiréme algo contento,
y no fué mi gozo en balde;
pero dí con el Alcalde,
que andaba siempre en el cuento.
Doy voces: mi amo llegó;
el hábito deja á un lado,
y el Alcalde anonadado
otra vez paso le abrió.
Como ya cerraba el dia,
yo alegre y con mucho gusto
quise aliviarme del susto,
y me entré en una hostería.

Cárlos. Allí bebísteis tambien,
y sobre bolsa olvidada
hubo jarana empezada
y hubo palizas.

Tropezon. Amen!

Cárlos. Y vuestro amo, que ligero
no se pára en barras, loco,
apareció de allí á poco
y dió con el hosterero.
Rompió botellas y vasos,
negó su favor al rey,
y menospreció la ley
en ese y en otros casos.
Y vos...

Tropezon. Con tanto reñir
se fué cargando la zorra:
vencióme tenaz modorra,
me fuí á casa á dormir.
Gozoso soñaba yo
con mil planes envidiados,
cuando el ruido de soldados
mi dulce sueño turbó.
Con voces de mal humor
el capitan me despierta;
me obliga á tomar la puerta,
me trae al Emperador,
y cuando el *Sancta-Sanctorum*
rezaba yo sin convento,
me haceis acabar mi cuento
per secula seculorum!

Cárlos. Descubierto tu señor,
en la red prendido queda.

Tropezon. Es que mi amo desenreda
madejas con gran primor.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL ALCALDE. DON DIEGO.

Alcalde. (*Desde la puerta.*)
Señor, si me dais licencia,
os presentaré á don Diego.

Cárlos. No os detengais, conducidle.
(*A Tropezon, que se retira al lado de los cortesanos.*)
Tú, retírate un momento.

Diego. (*Arrodillándose.*)
Salud, invicto monarca.

Cárlos. Alzad! Por qué tan severo
mostrais, don Diego, el semblante?
Diego. Porque deshonrado vengo,
y el que estime su buen nombre
pensará como yo pienso.
Cárlos. En qué fundais la deshonra?
Diego. Señor, esplicar no puedo
delante de vuestra corte
las causas de que me quejo.
Cárlos. Presentes hay, no lo dudes,
mil cumplidos caballeros
que escucharán de tus labios
tus palabras con respeto.
Si quejas del soberano
tienes, te llamé resuelto
para que digas tu agravio.
Diego. Es verdad! de vos me quejo!
Pero como agravios de honra
infieren de un caballero
mancha que el tiempo no borra,
porque las escribe el cielo,
no puedo ante tanta gente
ni acusaros, ni ofenderos.
Cárlos. Para eso solo te llamo.
Habla sin ningun recelo,
que está inocente quien piensas
que causó tu desafuero.
Diego. Yo, señor, á vuestro trono
presté servicios inmensos,
sin que jamás reclamára
para mis hazañas premio.
La lealtad de mis padres
heredé con ardimiento,
y nunca de mis acciones
fué la consecuencia el miedo.
Cien heridas atestiguan
los timbres de mis abuelos,
que Peraladas y nobles
una misma cosa fueron.
Hace poco en Alemania,
mi noble deber cumpliendo,
dí á vuestro sólio mas honra

que cabe en el universo.
De mi primer matrimonio
concedióme una hija el cielo,
hermosa por mi desgracia,
por ser su hermosura el cebo
en que indómitas pasiones
buscar quieren su alimento.
Aunque criada en las reglas
de un honrado apartamiento,
ha dado inocentemente
pié para mi desconsuelo;
porque verla y codiciarla
fué todo un asunto mesmo.
Vuelvo ayer de mi destino,
gozoso á sus brazos vuelo,
me informo de si en mi ausencia
tuvo mi honor detrimento;
y con gran sorpresa mia
supe que en mi hogar primero
anduvieron á estocadas
por quererla dos mancebos.
Mis canas miré ultrajadas;
pienso del monarca escelso
conseguir pronta justicia,
ó lavar con el acero
la afrenta de mi linage;
y con estrañeza observo
que á quien justicia pedia
era el causador protervo
de mi infamia y mi deshonra.
Son estos, señor, los premios
conque recompensa el trono
los servicios que le he hecho?
No merecia este anciano
para su casa el respeto,
cuando él llevaba por norte
perder por vos el aliento?
Mis canas nunca al ultraje
acostumbradas se vieron,
y os pido, no de mi afrenta,
satisfaccion ni remedio,
sino que mandeis separen

la cabeza de mi cuello,
para no ver la deshonra
conque me castiga el cielo.

Cárlos. Bien se ve, buen Peralada,
que sin atender consejo
ni informacion de personas,
vienes de tu enojo ciego.
Se conoce que en la guerra
con inflexible destello
no dás campo á la prudencia
para atender los sucesos.
Por eso tan exaltado
llegaste ante mí; por eso
sin pararte en reflexiones
acriminas con tu acento.
Háste informado si tu hija
fué la causa de aquel duelo?

Diego. Así hablaron mis criados.

Cárlos. Pues tus criados mintieron!!
El lance no fué por ella,
que á su decoro atendiendo,
ni de un galan ni del otro
pudo admitir los obsequios.
Si en el jardin se encontraba
antes de aquese suceso,
y la puerta estaba franca
cuando entraron los mancebos,
¿ha de creerse que tuvo
la culpa del desafuero?
Si ambos á dos embozados
á la espada remitieron
de su agravio el desenlace,
¿ha de inferirse por eso
que tu hija diera campo
para el sanguinario reto?
Mi corte entera lo escucha;
decide tú del suceso,
y si es que la hallas culpada,
volverla honrada prometo.

Diego. Si sucedió de ese modo,
confundido habeis mi esfuerzo;
pero esplicadme la causa

de por qué en mi casa encuentro
vestido de capuchino
á uno de los dos mancebos,
y á vos, que con él reñísteis,
retirado en mi aposento.

Cárlos. Yo perdí cuando el combate
la joya que mas venero,
y para hallarla, en tu casa
sin disfraces me presento.
El, guiado por instinto,
que no admitias sabiendo
mas hombres que á los que visten
el hábito reverendo,
como si este no encubriera
bajo la lana deseos,
se valió de ese disfraz
para adivinar mi intento.
Si la torpeza de un mozo
no hubiese tomado vuelo,
los dos hubiéramos visto
de nuestra entrada el objeto,
sin que por ello quedára
tu nobleza en descubierto.
Saliste: dando á tu ira
rienda suelta, en tal estremo
fué preciso asegurarte
para librar los efectos
de una injusticia; y con todo,
cuando conducirte ordeno
á mi presencia, aun te dura
de la imprevision el celo.
Qué es eso? Bajas los ojos?

Diego. Señor, me estais confundiendo,
y entre mil dudas batallo
para acertar el misterio.

Cárlos. Mas confundido has de verte.
Con la joya de mi pecho
se ha fundado una quimera
que hacer polvo me prometo.
Vuelve la vista: ese Alcalde
te dirá si razon tengo,
y si él es presa insensata

de ese diablo de mancebo.
No habiéndome nunca visto,
creyó que el monarca escelso
tan solo llevar podia
pendiente el toison del cuello,
y confundido á sus rayos,
por escesivo respeto
ha sido causa inocente
del apuro en que nos vemos.
Pronto desatando el nudo
que armó ese mozo ligero,
haremos justicia á todos.

Ugier. (*Sale.*) Gran señor, don Juan Pacheco!!

(*Murmullo general. Don Juan aparece en la puerta derecha, y se adelanta con serenidad, pero sin llevar puesto el toison.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DON JUAN.

Juan. Me han dicho que me buscábais,
gran señor, y me presento
á cumplir cuanto me ordene
el rey mi señor y dueño.

Cárlos. Acércate: mira en torno.
Conoces á esos sugetos?
(*Por don Diego y el Alcalde.*)

Juan. Sí señor; de la justicia
este ejerce el ministerio;
y á don Diego Peralada
conocí en mis años tiernos.

Cárlos. Y conoces las ofensas
que á entrambos á dos has hecho?

Juan. Ofensas? involuntarias
tal vez; pero no recuerdo
que haya obrado, ni obré nunca
con ánimo de ofenderlos.

Cárlos. Don Diego tiene una hija
que es hermosa con estremo.
Vos habeis puesto los ojos

en su hija.

Juan. Y qué derecho
tiene don Diego á impedirme
el que no admire el portento
de una dama? Si la admiro,
¿no doy gratitud al cielo
porque coloca en la tierra
ángeles puros y bellos?

Cárlos. Sí, pero se queja ahora
de que la rindais obsequios.

Juan. Las doncellas en el mundo
se casan con los mancebos;
para casarlas, es fuerza
que las miren por lo menos,
y se hacen los matrimonios
porque quieren ellas y ellos.
Y no sé por qué se ofende
de que la tribute obsequios,
cuando es cosa que él habrá
en sus mocedades hecho.

Cárlos. Teneis algo que añadir
á la acusacion, don Diego?

Diego. Solo que me diga ahora
por qué se vino encubierto
de fraile á entrar en mi casa.

Juan. Ese es para mí un secreto
que á otro hombre pertenece.
Que usé tal disfraz es cierto;
pero fué porque con él
tenia seguro acceso
para llegar hasta arriba.

Cárlos. De otra cosa hablaros quiero.
Por una casualidad
ha llegado á poder vuestro
una joya en que se esmaltan
de la nobleza los premios.
Valido de su influencia
habeis en derrota puesto
mi justicia, y usurpásteis
como burla mis derechos.
Accion tan descomedida
debe llevar escarmiento,

que no disculpan locuras
cuando se falta al respeto.
Por tanto, para que todos
sepan el castigo impuesto
á tantas calaveradas
como hicísteis desenvuelto,
de aquí partís á un castillo
por ilimitado tiempo.
Dad al capitan la espada,
que de él sereis prisionero.

Juan. Mi espada jamás se entrega
á quien no puede mi aliento
compararse por lo noble
ni por señalados hechos.
La rindo, sí, pero solo
al Emperador la entrego.

Cárlos. Con no obedecer mi órden
mas culpable os habeis hecho,
y esta espada en dos pedazos
castiga tal menosprecio.
(*Va á romperla.*)

Juan. Miradla antes de romperla,
que es espada de misterios!
Yo en un juego de palabras
voy á contaros el hecho.
Dice esa espada que un dia
al monarca acometieron
unos hombres, y don Juan
acudiera á defenderlo.
Desarmado el soberano,
solo le salvó el esfuerzo
de un loco, segun le llaman,
porque tiene el puño recio.
El Emperador entonces,
agradecido al aliento
de aquel mozo, con orgullo
le hizo entrega de su acero,
porque él era digno solo
de llevarle con denuedo.
Hoy ese mismo monarca
me echa en cara vilipendios,
á mí, que contar sé historias

(adulteradas... no es cierto?)
(*En voz baja.*)
Conque no rompais la espada,
porque es mia de derecho.
No la rompais, porque es claro
que aquese acero rompiendo
rompereis una palabra
que es rotura de gran precio.
Como yo romperle pude
y no lo rompí á su tiempo,
y ahora, sin haberle roto
rompeis vos vuestro silencio,
rompeis acero y palabra,
que es hacer dos rompimientos;
y si haceis las dos roturas
rompeis, rompo y romperémos.

Cárlos. (*Ap.*) No hay modo de castigarle.
Todo es cierto, caballeros;
(*A los de su corte.*)
yo un dia debí la vida
al incontrastable esfuerzo
de un valeroso embozado
á quien en aquel aprieto
no conocí: la aventura
revela don Juan Pacheco,
y avergonzado del lance
mi propia espada le vuelvo.

Juan. Y yo os devuelvo una joya
que rodaba por el suelo;
mejor que entre el sucio polvo
estaba en mi limosnero.
Si alguna vez la he colgado
por imprudencia del cuello,
fué por evitar disgustos
á mi familia y mis deudos,
pues sin la joya el Alcalde
me hubiera en la cárcel puesto.
Ahora confieso mis culpas,
mis locuras de mancebo,
mis tajos, mis cuchilladas,
mis galantes devaneos.
No quise ofender á nadie;

si hube ofensa con mis hechos,
á vuestras plantas postrado
que me castigueis os ruego.

Cárlos. Podreis acusarle ahora,
cuando le escuchais, don Diego?
Vos, Alcalde, por ventura
teneis un resentimiento?
Alzaos; que voy á daros
el castigo que os reservo.

(*Hace una seña al ugier, que está en la puerta de la izquierda, para que traiga á las dos damas.*)

Peralada, vuestra esposa
vino justicia pidiendo
para vos; yo, convencido
de cuánto valió teneros
en seguridad, ahora
á vuestra esposa os devuelvo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. BEATRIZ. DOÑA LEONOR. EL UGIER.

Diego. (*Abrazándolas.*)
Beatriz, hija del alma!

Cárlos. Leonor, tomad os ruego
la mano de aquese hidalgo,
que por marido os entrego.
Si hubo lenguas injuriosas
que en vuestros claros luceros
quisieron hallar deshonra,
unida vais á un mancebo
que sabrá de lenguas viles
cortar hasta los estremos.
Don Juan, cobrad esa joya:
(*Dándole el toison.*)
verla quiero en vuestro pecho
cuando en las solemnidades
reciba á mis caballeros.
Tropezon!

Tropezon. (*Bajando.*) Señor!

Cárlos. Qué anhelas?

Tropezon. Que me llamen Fray Tropiezo,

y servir á los Gerónimos
de regoldon limosnero!

Cárlos. No te acomoda tu amo?

Tropezon. Si continuára soltero
sí señor, porque era el modo
de llenar bien el coleto;
pero despues de casado,
que ha sido dar un tropiezo,
le estorbara el tropezon,
y que tropiece no quiero.

Cárlos. Pues yo te daré la plaza
que pides.

Tropezon. Señor escelso,
dejadme besar las plantas
por tanto favor, y ofrezco
rezar por vos cada dia
dos filas de *Padres nuestros.*

Cárlos. Vos, Alcalde...

Alcalde. Yo tan solo
volverme quiero á mi pueblo.
Es muy sabida la corte,
y yo talento no tengo
para dar á la justicia
el debido cumplimiento.
Relevadme de mi cargo
por favor!

Cárlos. De él os relevo;
pero saldreis de mis manos
con codicia satisfecho.
Don Juan, desde hoy vida nueva!

Juan. Ya me alumbran dos luceros,
y á los rayos que despiden
se fué el diablo á los infiernos.
Perdonado por tí, nada me arredra!
Tu triunfador acero
será mi baluarte,
y en las lides tambien rayo de Marte,
mi brazo vengador será el primero.
Inspirado por tí, gacela mia,
cruzaré la ancha tierra,
y al entusiasta grito de la guerra
llevaré mis leones

del enemigo audaz á las legiones.
Cesaron mis galantes desvaríos;
el diablo en la pelea
seré de hoy mas, y un ángel á tu lado,
sí, dueño idolatrado;
el monarca y mi amada;
y mi tajante espada,
y mis briosos rápidos corceles
para alcanzar cosecha de laureles;
que al llevarlos do quier en la memoria,
llegaré hasta la cumbre de la gloria.

FIN DE LA COMEDIA.

nor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.

Improvisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—Intriga y amor. — Intrigar para morir. — Ir por lana. — Isabel de Babiera. —Yerros de la juventud.—Ya murió Napoleon.

Jacobo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.—Justicia aragonesa.

Lances de Carnaval. — Lázaro el pastor. — Lealtad de una muger.— Libelo.— Loca de Londres.— Loca fingida.—Lobo marino.— Lo vivo y lo pintado.— Lucrecia Borgia.— Lucio Junio Bruto.— Luisa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.

Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Marcela, ó á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—Maria Remond.—Marido de la bailarina.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel —Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortes.—Muérete y verás.—Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Muger literata.—Mulato.— Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.

Ni el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no venga.—No hay humo sin fuego.— No mas mostrador.— No mas muchachos.— No siempre el amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.

Obrar cual noble aun con celos. — Ocasion por los cabellos. — Odio y amor. — Oliva y el laurel.— Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.

Pablo el marino. — Pablo y Paulina. — Paciencia y barajar. — Pacto del hambre. — Padre é hijo. — Padres de la novia.— Padrino á mogicones.— Page. —Palo de ciego. — Pandilla.— Parador de Bailen.— Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de San Bernando.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.

Qué dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser cómico.—Quince años despues.

Ramillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó la fortuna etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdichas.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda parte.

Saul.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario —Secretario privado.—Segundo año.—Segunda dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.— Simon Bocanegra.—Simpatías.—Sin nombre.— Sitio de Bilbao.— Sociedad de los trece.— Sofronia.— Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca. —Tóo jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero. —Venganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.— Un dia de campo.— Un dia de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.— Un novio para la niña.— Un novio á pedir de boca.— Un par de alhajas.— Un paseo á Bedlan.— Un poeta y una muger.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.— Un secreto de familia.— Un tercero en discordia.— Un tio en Indias.— Una aventura de Carlos II.— Una ausencia.— Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.— Una de tantas.— Una y no mas.— Una muger generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.— Un Jesuita.— Un marido como hay muchos.— Un trueno. — Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en el fango.

Zaida. —Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

80 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, calle de Jesus y María, n.º 4, cto. principal, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle Mayor y de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra.—*Almería*, Alvarez.—*Alcoy*, Marti Roig.—*Algeciras*, Contilló.—*Albacete*, Canovas.—*Avila*, Corrales.—*Barcelona*, Piferrer.—*Badajoz*, Viuda de Carrillo.—*Baza*, Calderon.—*Baena*, Fernandez.—*Benavente*, Fidalgo.—*Bilbao*, García.—*Burgos*, Arnaiz y Villanueva.—*Cádiz*, Moraleda.—*Cáceres*, Viuda de Burgos é hijos.—*Carmona*, Moreno.—*Córdoba*, Manté.—*Cuenca*, Mariana.—*Ciudad Real*, Malaguilla.—*Calatayud*, Larraga.—*Coruña*, Perez.—*Cartagena*, Benedicto y Ródenas.—*Castellon*, Gutierrez Otero.—*Carrion*, Fernandez Merino.—*Ceuta*, Molina é Ibañez.—*Ecija*, Ripol.—*Elche*, Ibarra.—*Ferrol*, Tajonera.—*Granada*, Zamora.—*Gijon*, Marina.—*Habana*, Charlain.—*Huelva*, Osorno é hijo.—*Huesca*, Guillen.—*Jaen*, Calle.—*Jerez*, Bueno.—*Játiva*, Belber.—*Leon*, Parcero.—*Lérida*, Rexach.—*Logroño*, Verdejo.—*Lugo*, Pujol.—*Lorca*, Delgado.—*Loja*, Cano y Cerezo.—*Lima*, Calleja.—*Málaga*, Medina, Aguilar, Moya.—*Murcia*, Santamaría.—*Mahon*, Vinen.—*Oviedo*, Alvarez.—*Orense*, Perez.—*Ocaña*, Calvillo.—*Osuna*, Moreti.—*Pamplona*, Ochoa.—*Palencia*, Camazon.—*Palma de Mallorca*. Gelabert.—*Puerto de Santa María*, Valderrama.—*Plasencia*, Pis.—*Pontevedra*, Cubeiro.—*Ronda*, Moreti y Lombera.—*Requena*, Penen.—*Reus*, Molner.—*Rivadeo*, Fernandez Torres.—*Rioseco*, Pradanos.—*Sevilla*, Hidalgo.—*Santiago*, Calleja y Compañía.—*Salamanca*, Blanco.—*Santander*, Carabantes.—*San Sebastian*, Baroja.—*Soria*, Perez Rioja.—*Santo Domingo de la Calzada*, Regidor.—*San Lucar*, Esper.—*Segovia*, Alonso.—*Santa Cruz de Tenerife*, M. Ramirez.—*Talavera*, Sanchez Castro.—*Tarragona*, Aimat.—*Toledo*, Hernandez.—*Tortosa*, Miró.—*Tolosa*, Lalama.—*Teruel*, Baquedano.—*Valencia*, Navarro.—*Valladolid*, Rodriguez.—*Vitoria*, Echavarría.—*Vigo*, Fernandez Dios.—*Villanueva y Geltru*, Pers y Ricart.—*Ubeda*, Franco y Compañía.—*Zaragoza*, Yagüe y Viuda de Heredia.—*Zamora*, Escobar y Pimentel.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.

—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 24.

—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del principe de la Paz: seis tomos

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto,

